

Usos y costumbres en Fuentes Carrionas
1ª parte: Etnografía

J. Carlos Martínez Mancebo

PRESENTACION

Todo el panorama rural de España se encuentra afectado, en cierto grado, por profundos procesos de transformación cultural, unidos a la difusión de nuevos modelos sociales y económicos. La penetración del mundo desarrollado en zonas rurales ha sido el factor impulsor para que se diese una transformación modernista.

Es casi seguro, que muchos de los acontecimientos culturales no volverán a renacer, muchas de las manifestaciones sociales han caído en desuso, otras irán desapareciendo poco a poco.

De ahí, que mi intención será, ante todo, recuperar eso que ya es historia protagonizada por nuestros mayores. De esta forma, las generaciones presentes y venideras podrán reconocer y sentirse deudoras más fácilmente de esos modos de vida, que no deben ser ignorados ni despreciados por ser antiguos.

Hay que entender sus usos y costumbres como maneras válidas de acomodación ecológica y cultural. Todo esto, exigía y hacía urgir un estudio etnográfico (descriptivo) y antropológico (sistemático) para Fuentes Carrionas; meta que nos hemos propuesto en este intento primero de acercarse paulatinamente a los ricos contenidos culturales de toda la montaña palentina. Evitaremos el apremiante peligro de agotamiento de las fuentes de información o la lógica desaparición de los propios informantes. Este necesario rescate de las varias tradiciones, construidas y creadas por las gentes de esta zona, me ha impulsado a llevar adelante este estudio.

Durante varios veranos, me he sumergido en la vida de los vecinos que pueblan la margen derecha del Carrión, río abajo. Estos

pueblines en torno al Carrión son los verdaderos merecedores y acedores a la antigua y actual denominación de Fuentes Carrionas.

Estudiar la propia comunidad es atrayente para quien desea conocer los valores vitales y culturales en los que ha sucedido su vida. Soy consciente del quehacer de nuestros antepasados; sus ilusiones y creaciones definen, de alguna manera, a la colectividad actual y a sus individuos.

Las notas y datos del presente estudio las he extraído de los grupos vecinales más aislados y menos numerosos, ya que conservan los recuerdos más frescos y aún mantienen vivas algunas tradiciones. Las opiniones del vecindario, los datos históricos y mis propias observaciones serán la base que nos acerque a esta zona peculiar del norte palentino.

De entre los grupos humanos que componen esta zona, he escogido Camporredondo como el núcleo más representativo. Esta táctica metodológica nos servirá de guía y muestra en el conocimiento de los demás poblados que completan Fuentes Carrionas. Comprobé en mi primera toma de contacto que no había diferencias sensibles entre la diversidad de pueblines. Si, en algún momento, observo cambios lingüísticos y diferentes usos, completaré las conclusiones teniendo en cuenta esas divergencias mínimas.

La otra causa, que justifica la elección de este grupo humano concreto, obedece a mi propia situación como recopilador de datos. He pertenecido durante años al grupo que va a ser investigado. Por una parte, puede ser favorecedor, ya que me permitirá adentrarme sin dificultad y escudriñar lo recóndito de sus estructuras sin inhibir a los sujetos encuestados y sin crear recelos que puedan hacer derivar los resultados; pero por otra parte, es posible que deje de percibir algunos elementos socioculturales por concebirlos sin importancia debido a una rutinaria práctica de los mismos. Teniendo todo esto en cuenta, intentaré favorecer al máximo la objetividad de los resultados.

Mis alcances bibliográficos no recuerdan que se haya estudiado la generalidad de temas antropológicos: los usos, costumbres, ceremonias, fiestas familiares y locales, ritos, creencias, supersticiones, juegos infantiles; los nombres de lugares, de animales, de plantas, de útiles de trabajo y, en suma, todos los elementos culturales contenidos en la tradición oral. Teniendo todo esto en cuenta, se me podrán disculpar los fallos irremediables. Pero tampoco es mi intención

suplir la ausencia de monografías locales antropológicas. Esta sería una pretensión muy ambiciosa y casi imposible por un notable distanciamiento histórico.

En el capítulo de agradecimientos, debo reconocer la labor y preocupación de la Institución Tello Téllez de Meneses dependiente de la Excma. Diputación palentina, por posibilitarme acercar mis conclusiones a interesados y curiosos palentinos, preocupados en conocer los aspectos culturales de esta zona norteño-palentina.

Han colaborado de manera eficaz Fernando Rodríguez y Gerardo Pérez que han elaborado el conjunto de dibujos y grabados. Nino Merino y Adolfo Rabanal me procuraron todo el material fotográfico.

Finalmente, quiero hacer constar mi sincera y profunda gratitud a los hombres y mujeres de todas las edades que pacientemente respondieron a mis preguntas. Mis reconocimientos también para todas las personas que me han animado insistentemente durante la elaboración de este estudio.

CAPITULO I

LIMITES GEOGRAFICOS Y ACOTACIONES HISTORICAS

*“Soñando por un lado campos góticos
(las tierras de llanuras infinitas),
por otro los gigantes rascacielos
que la sal del Cantábrico adivina.”*

(SANCHEZ-TEJERINA: “Puerto de Piedrasluengas”)

En este fragmento quedan pintadas las dos zonas geofísicas que componen Palencia. Como otras provincias castellanas, la superficie palentina consta de dos elementos físicos: uno de sierras altas y otro de llanuras y vegas. Este sustrato geográfico puede determinar varios binomios; el ya conocido: montaña-llanura; otro histórico-étnico: cántabros-vacceos y por último el elemento ecológico-cultural: la casa de montaña (pastoril) y la casa de llano (abradora).

Esta diversidad fue tenida muy en cuenta en la descripción de los partidos judiciales que componen Palencia. “Puede decirse que los territorios (de los partidos judiciales palentinos) son llanos, al contrario de lo que sucede en todo el de Cervera, en que las montañas que llevan su nombre y que son ramificaciones de las de Lébara,

las cuales se prolongan por este partido, le hacen sucesivamente quebrado y por consecuencia hasta *diferente en las costumbres y clase de producciones*". (1) Esta descripción, a mediados del siglo anterior, concluye con una importante generalización etnográfica: el medio físico o contorno geográfico influye en la vida social, temperamento y cualidades humanas. Mucho se ha escrito del medio y del clima como causa de peculiaridades regionales.

Aunque esta observación no suponga nada nuevo, creo conveniente remarcar que esta diversidad del medio físico o contorno geográfico de Palencia es determinante en la diferenciación de usos, costumbres, tradiciones, folklore... Considero que no es el momento oportuno de hacer comparaciones entre estas dos zonas, sino clarificar la que nos hemos propuesto estudiar.

Desde e punto de vista geográfico hemos dejado al descubierto los dos polos que conforman nuestra provincia. El tópico más común y generalizado es referirse a Palencia, describiéndola a través de una sola dimensión: la llanura castellana.

*Se dijo de Castilla la llanura
no hablaron de Castilla la montaña
aquí el roble y arbusto es la maraña
que el oso y jabalí la dan bravura. (2)*

Ahora cabrá preguntarse si toda la zona septentrional palentina forma un todo unitario. Datos históricos nos muestran, al menos, lingüísticamente tres denominaciones que subdividen el norte de Palencia: Pernía, el valle de Campóo y Fuentes Carrionas. Si nos queremos expresar en gentilicios: pernianos, campurrianos y las gentes de Fuentes Carrionas.

Esta triple caracterización geográfica del norte palentino la encontramos en la siguiente cita, que pretende situar la zona de la Pernía. Situado en el extremo norte de la actual "provincia de Palencia en el partido de Cervera de Pisuerga... que siguiendo os confines septentrionales de la provincia limita por el norte con Liébana y Polaciones, por el oeste el valle de Campóo y las montañas de Bra-

(1) MADDOZ, Pascual; *Diccionario geográfico-estadístico-histórico*, Madrid, 1846.
(2) Revista "El Roble", Guardo, 1977.

ñosera, al sur con Cervera, y al oeste con Sierras Albas y Fuentes Carrionas" (3). En esta descripción aparecen las comarcas que tienen su ubicación junto a Fuentes Carrionas.

El más antiguo dato de esta divisoria comarcal nos lo prueba la carta-puebla de Brañosera, la más antigua de España. Señala la división entre el territorio de Pernía, sometido al reino de León, y el naciente condado de Castilla, cuyos primeros condes otorgaron la carta-puebla de Brañosera, confirmada por sus sucesores Gonzalo Fernández, Fernán González...

En la actualidad, debemos acudir a la proximidad e influencia de otras comarcas como explicación de las posibles diferencias entre estas tres zonas. El ángulo noroeste de la meseta y, en general, la vertiente interior de la cordillera Cantábrica, es una región semi-húmeda, por donde con los vientos oceánicos *penetran las influencias de la región galaica y asturcántabra*. (4) De esta manera, el valle Campoo participará más de peculiaridades pasiegas, la Pernía tendrá más contacto con la Liébana y Fuentes Carrionas tendrá características leonesas por la proximidad y límites con sus montañas.

Descartamos, pues, el carácter homogéneo del septentrion palentino; pero no conviene absolutizar las diferencias. Si he analizado las citadas divergencias comarcales, ha sido buscando razones o motivos suficientes que justifiquen una investigación exclusiva de Fuentes Carrionas. Aclarando que la mayoría de generalizaciones serán válidas para estas tres zonas montañosas.

* * *

Un enfoque hacia tiempos remotos no nos va a alejar de los perfiles actuales de la comarca a estudiar. Actualmente hay inquietud por saber cuáles son nuestros orígenes. Por otra parte, el conocimiento de los períodos históricos aclarará los elementos culturales, explicará las notas raciales y las divergencias lingüísticas.

"La Cantabria legítima e indubitable fue el territorio de las montañas de Burgos, empezando desde San Vicente, Santillana, Santan-

(3) PEREZ MIER, Laureano; *El condado de Pernía*, "Conferencias", Palencia, 1934, p. 162.

(4) Cfr. TERAN, Manuel de; *Geografía de España y Portugal*, Barcelona, 1958, tom. IV, p. 249.

der y Laredo, hasta la Ría de Bilbao. En lo mediterráneo bajaba desde la costa hasta las montañas de León, por Aguiar de Campóo, y sobre montes de Oca, *dejando dentro los nacimientos de los ríos, Ebro y Carrión*" (5).

El P. Flórez, autor de principios del s. XIX, destaca claramente la pertenencia del lugar donde nace el Carrión o Fuente Carrionas a Cantabria prerromana. Otra constatación de esta pertenencia la tenemos en fuentes antiquísimas y realizadas "in situ" por Plinio, geógrafo, historiador y procurador romano.

"Y en Cantabria las fuentes Tamarías sirven de augurio; son tres, distantes entre sí ocho pies..." (6). Sabemos, pues, que Velilla del río Carrión pertenecía a Cantabria, porque allí se localizan las Fontes Tamarici, que según Plinio estaban en territorio cántabro. Dichas fuentes ocuparían la parte sur de Cantabria y darían sobrenombre a los cántabros de Fuentes Carrionas llamados "tamáricos".

Plinio no olvida hacer una descripción destinada hacia el propio lugar donde nace el Carrión, aunque todavía no esté verificado ni muy clarificado por los investigadores de la España prerromana. El historiador González Echegaray es partidario de destinar la descripción de Plinio a las mismas fuentes que dan origen al Carrión. "En el campo carrinense de Hispania fluyen, una junto a otra, dos fuentes: una de ellas arroja todo lo que se le debe y la otra lo absorbe" (7). Ciertamente, hay un paralelismo muy grande entre la descripción del procurador romano y lo que nosotros hemos contemplado en la base de Peña Prieta, lugar donde se encuentran las mencionadas lagunas. Estas son dos y están muy cercanas, la "cimera" o la de más arriba echa el agua a la laguna que está debajo, de la cual toma curso el río Carrión. Además de esta coincidencia topográfica nos aparece en la cita latina el término "carrinensi" que daría origen al actual nombre de Carrión, sustituyendo el más primitivo de Nubis.

Después de haber señalado la asignación indiscutible de esta zona palentina prerromana, ya estamos en condiciones de verificar y delimitar la demarcación de la región cántabra con nomenclatura

(5) FLOREZ, *España Sagrada*, Madrid, 1816, tom. XXIV, p. 7.

(6) "Et in Cantabria fontes Tamarici in auguriis habentur. Tres sunt, octonis pedibus distantes". PLINIO, *Naturalis Historia*, XXXI, 23-24.

(7) "In Carrinensi Hispaniae agro duo fontes iuxta fluunt, alter omnia respuens, alter absorbens" Idem., II, 231.

actual. Cantabria limita al norte con el mar Cantábrico. Al oeste con el río Sella, hasta sus puentes en el valle de Oseja de Sajambre, para de aquí internarse ligeramente más a Occidente hasta cerca de Lillo. Desde este punto las fronteras se replegaban al Sudeste para llegar a Cistierna. El límite sur debió de partir de esta región, continuar por Guardo... Así, resulta que Cantabria era fundamentalmente lo que hoy es provincia de Santander, si bien rebasaba ligeramente los límites de ésta, incorporando por el este la actual zona asturiana de más acá del Sella, una pequeña parte de la montaña de León, con Riaño, Crémenes y Cistierna; *por el sur, la parte más alta de Palencia con Guardo y Cervera de Pisuerga.* (8)

Esta configuración geográfico-histórica no es la última palabra en la conformación comarcal de Fuentes Carrionas. El descenso de los foramontanos, pobladores medievales de Cantabria; hacia la Meseta fue decisivo en la construcción de Castilla. Fuentes Carrionas, al estar situada a caballo entre las dos regiones, participó de esa creación de la nueva nación en la Edad Media. Los matices y peculiaridades que examinaremos más adelante dependerán de esa doble confluencia regional: cántabra y castellana. Las dificultades comenzarán en el intento de deslindar la procedencia de costumbres e instituciones. El método comparativo con otras zonas, puede ser el medio eficaz para llegar a conclusiones más o menos certeras.

Vamos, pues a adentrarnos en esta zona, teniendo en cuenta su papel en la configuración de la provincia.

Las primeras noticias de la existencia de lugares, villas y pueblos las hemos encontrado en Silva Palentina, fuente indispensable para la Historia y recogida de datos sobre nuestra provincia. Es restaurada en 1033 la diócesis de Palencia por Sancho el Mayor de Navarra; en el mismo documento de restauración se lee: "...de la misma manera damos a la sobredicha sede de Palencia y a todos los Obispos y Canónigos que allí hay o adelante fueren... *Buardo, Camporredondo, Alba con los términos de todos ellos*" (9). Estos tres lugares son remarcados por constituir señoríos y condados regidos por un administrador real; ya que es el rey quien entrega estas posesiones al Obispado, que será su nuevo dueño, pero serán los señores o condes

(8) Cfr. GONZALEZ ECHEGARAY; *Los cántabros*, Guadarrama, Madrid, 1966, página 21.

(9) ARCEDIANO DEL ALCOR; *Silva Palentina*, Palencia, 1932, t. I, p. 102.

quienes rijan los destinos de estas poblaciones y de sus gentes. De esta manera, en los actos de toma de posesión del Condado de la Pernía es D. Juan Enríquez de Cisneros, señor de Camporredondo, quien hace las veces del Obispo en el acto de la donación. Dicha posesión fue solemne, primero en la villa de San Salvador, cabeza del condado y por último en la villa de la Lastra (10).

“...Los derechos y honores del Obispado de Palencia para que sean suyos íntegra e inviolablemente: con sus pastos; prados y selvas, los montes circundantes, valles, collados, promontorios, fuentes, ríos, arroyos, cascaxales (11), con sus riveras e islas” (12). Esta cita da muestras claras del régimen feudal a que fueron sometidas las posesiones vecinales. Por estos anteriores, podemos afirmar que la donación real al Obispado palentino constaba, además de la Pernía, con los señoríos de Alba y Camporredondo “con los términos de todos ellos”. Tenemos, pues, que casi la totalidad de los pueblos aliñados junto al Carrión pasaron de la propiedad real a manos de la jerarquía eclesiástica palentina. De los señoríos mencionados, Guardo, Camporredondo, Alba; sólo anotaremos algunas referencias sobre el de Camporredondo a través de las investigaciones de Díaz-Caneja. Aquí encajan las narraciones hechas por este autor en su libro “Cumbres Palentinas”, donde recogen las desventuras del despótico Señor de Camporredondo (*).

“El Duque de Frías reclamaba el derecho de pernada que el rey le quitara. El pueblo se lo negó, pues había perdido los privilegios de Señor de Camporredondo. Y desafiando al pueblo hosco y leverado por la excelsa magnitud del rey castellano. El linajudo infanzón decía entonces: ¡Aunque me cueste la vida, esa es para mí, porque es mi amor! Y a la voz metálica y vibrante arrancó a la plebe un murmullo rugiente. El Duque de Frías asió por un brazo a la doncella de castos ojos y la arrastró hacia sí. El desdichado esposo de la doncella le quiso ahogar, pero el bastardo Infanzón le partió el cráneo. El crimen amedrantó al gentío cobarde y el Señor de Camporredondo

(10) *Archivo catedralicio*, Arm. II, leg. 5; recogido por Arcediano del Alcor, op. cit., p. 28.

(11) Cascaxales o cascajales se refieren a piedras o guljarros sueltos junto al río. De esta palabra toma nombre la patrona de Camporredondo, Nuestra Señora de Cascajal.

(12) *Archiv. catedralicio*, *ibid.*, p. 103.

(*) El P. Quirriño Fernández tiene una obrilla sobre el señorío de Guardo.

desapareció llevándose en sus brazos a la única doncella que en la vida amó”.

La forma novelada y legendaria no impide desvelar su trasfondo histórico. Recoge ciertos privilegios típicamente feudales como el derecho de pernada y el total sometimiento de los vasallos. “Los pastores le tenían que pagar derecho de asadura al pasar por Puente-Vega... todas las mozas tenían que acudir a palacio en las noches de invierno para escarmentar la lana de los recentales, luego ofrecían las madejas a la Virgen del Viarce” (13).

Las ruinas no evocan la planta de un magnífico palacio; no se observan piedras de sillería ni elementos ornamentales, por lo que habrá que relativizar las conclusiones antes descritas. En la actualidad, tanto en el Señorío de Alba como en el de Camporredondo hay pistas que muestran como los pueblos con sus terrenos vecinales pertenecieron a una sola persona.

Los más ancianos de Camporredondo recuerdan, por oírsele a sus antepasados, a una “señora” a la que pertenecían la totalidad de tierras y casas. “Mi abeula que estuvo sirviendo a la señora heredó la casa en la que vivo ahora. Era muy buena. Y como no tuvo descendencia, repartió todo entre los sirvientes”. En Alba una familia era propietaria de varios “puertos” (14) y montes, llegando a englobar importantes porciones de terreno en Cardaño de Abajo y Arriba.

Esto puede ser una muestra de la anterior concentración de terreno en una sola mano, producto de secuelas feudales.

Estos han sido los puntos básicos para una consideración histórica de Fuentes Carrionas. No quisiera finalizar el capítulo sin comentar el papel que ha tenido la geografía de Fuentes Carrionas en la configuración de Palencia.

Debido a la muralla, que suponen la altitud de sus montañas. ha constituido para Palencia y Meseta una frontera natural con la región asturcántabra y viceversa. Las demarcaciones de las provincias hechas en 1979 y 1808 tienen en cuenta este accidente geográfico. “Se fijaban los confines a la provincia de Palencia por el norte con la de Santander... sus límites por el norte empezaban en la Peña Espigüe-

(13) DIAZ-CANEJA, *Cumbres palentinas*.

(14) Es el lugar de pasto alejado del pueblo y situado a una considerable altitud. En Asturias y Santander existen otras denominaciones: “pastos de alzada” y “brañas”.

te, dirigiéndose por Fuentes Carrionas, Sierra-Alba y puerto de Cueva a la Sierra de Brañoseira" (15).

La parte montañosa que estamos describiendo tiene sus inicios en unas cordilleras de bastante elevación en Dehesa de Montijo, que prologándose por Sierra del Pico y casi en dirección paralela al nacimiento del río Valdavia, llegan hasta Rebanal de las Llantas, formando un ángel en este punto, cuyo brazo opuesto al que sigue la corriente del mencionado río, después de bajar hasta Villafra y Valcobero en dirección oeste, vuelve a tomar la del norte hacia Valsurbio término de Camporredondo, extendiéndose por Cardaño de Abajo, La Lastra, una y otra margen del Carrión, Triollo, Cardaño de Arriba hasta Peña Espigüete, cuyo punto sirve de partida para la división de las provincias León, Santander y Palencia. Colocado en el extremo de estas provincias, sirve de hermosa atalaya, desde la cual se pueden registrar casi en su totalidad las de Palencia y León, una gran parte de Santander y alguna porción del principado de Asturias: sigue la cordillera por el límite hasta Casavegas, hospital o venta de Sierra Alba, dirigiéndose desde aquí casi sin interrupción por Lores, el Campo hasta Vidrieros, en cuyo punto hay una elevadísima piedra (Curavacas) que domina el pueblo, y que se eleva sobre las demás montañas considerablemente; en su superficie tiene una hermosa pradera, y en el centro de ella un pozo llamado Curavacas de una gran profundidad; en opinión de los naturales tiene contacto inmediato con algún río caudaloso y subterráneo, o con algún brazo de mar (16).

Estas últimas líneas citadas nos han introducido en el estudio y conocimiento del control que ejerce el medio físico. En los capítulos siguientes se verá más clara esta influencia.

Los contrapuntos históricos ayudarán a comprender y encuadrar los diversos aspectos culturales.

(15) MADDOZ, *op. cit.*

(16) Cfr. *Ibidem.*

CAPITULO II

EL ASENTAMIENTO DE LOS PUEBLOS Y LA CASA POPULAR

“A través de la casa popular puede seguirse perfectamente la evolución de la historia y de la cultura españolas y a través de ellas pueden reconstruirse fórmulas de vida y costumbres de las diferentes regiones españolas.”

(GOMEZ-TABANERA: “El Folklore español”)

En este segundo capítulo anotaremos las características de la acomodación de los pueblos al lugar físico, sus datos en torno al poblamiento y las maneras de habitación o construcción de las casas con sus edificaciones anexas.

En el capítulo anterior, ya hemos señalado el contraste entre esta zona montañosa y las vegas y páramos del sur palentino. Mientras que en Fuentes Carrionas las aldeas, los edificios situados en montes y fragosidades con tierras de labor bastante cercanas marcan la influencia del hombre sobre el paisaje; en las demarcaciones de Tierra de Campos, los pueblos poseen mayor concentración de las casas y son de mayores proporciones, tomando un aspecto más coherente. Sus edificios parecen confundirse con la tierra, las casas tienden a

desdibujarse o a perder individualidad, todo lo contrario a lo que observamos en toda la montaña de Palencia.

El *asentamiento* de estos pueblos, situados a lo largo de los primeros kilómetros del Carrión guarda una homogeneidad. El grabado n.º 1 representa el tipo más generalizado de ubicación de las comunidades vecinales pertenecientes a esta zona del noroeste palentino. La parte norte será recortada por una larga muralla de picachos y cumbres de roca caliza, con alturas superiores a los 2.000 metros de altitud: Espigüete y Curavacas son un ejemplo. Estos dos picos considerables están anclados y unidos por una cadena de piedra caliza.

Hay otro tipo de montañas más cercanas al casco urbano. Son montañas viejas, erosionadas, pedregosas y redondeadas por la acción del agua y viento. Son fáciles de acceso con el carro; en sus mesetas hay tierras cultivables, explotadas en antaño debido a la escasez de fincas. En la actualidad las que no han sido repobladas de pinos, están cubiertas de matorrales, generalmente roble joven, brezo y "escobas" o retamas. Utilizables por el ganado ovino. Sus cimas son coronadas, a menudo, por piedras negras mezcla de caliza y pizarra. Han sido explotadas para varios fines: arenales, canteras de mármol, minería...

Otros elementos que configuran el terreno vecinal son los valles. Están algo alejados del núcleo de casas. Son estirados y recortados por la maleza que nace al pie o en la base de las estribaciones montañosas. Regados por riachuelos, a veces torrenciales, provenientes de la nieve agazapada en las sombras de los altos picos.

El factor más determinante para el asentamiento del pueblo es el emplazamiento de una vega muy cerca del pueblo. Es de reducidas dimensiones, pero su acceso cómodo y la facilidad de riego hace que sean las fincas más apreciadas. (V. Fig. 1).

Hay un elemento común a toda la comarca: el río Carrión. Todos los pueblos que tienen contacto con el río están enclavados en la parte derecha del mismo, por ser ésta más alta. Entre el cauce del Carrión y el casco hay una notable diferencia de altitud. Sus funciones principales no han sido las de riego, exceptuando algunos prados y huertas, por la dificultad que supone el trazado de calces y las inconveniencias de la frecuente torrencialidad invernal y primaveral debido sobre todo al deshile. Las diversas comunidades se han servido de él para poner en marcha buen número de molinos. Su apro-

vechamiento actual queda indicado por los varios pantanos que contienen sus aguas.

En el apartado anterior ya indicamos la cierta relevancia del río Carrión, descrito en la época romana. En este intento de descubrir los principales elementos físicos que configuran nuestros pueblos, vamos a trazar un bosquejo histórico en torno al Carrión.

Una de las posibles virtualidades del palentino río, muy poco conocida, es su carácter fluvial al servicio del transporte. En el siglo XVI se trazó un proyecto en el que se pretendía hacer una importante vía fluvial aprovechando el cauce del río. De momento nos puede sorprender y nos parecerá un deseo demasiado ambicioso y utópico. Las intenciones de los ingenieros encargados de estudiar tal proyecto estaban orientadas a enlazar el Cantábrico con la Meseta. Los motivos quedan explicados por el auge comercial provocado por el descubrimiento de América.

Desde Valladolid hasta los nacimientos de Pisuerga y Carrión hay tantas dificultades para hacer la navegación por la madre del río que viene a hacerla imposible, así por las muchas partes por donde el río va tan precipitoso y corriente que es imposible navegarse, como porque en otras lleva tan poca agua que siempre va descubierto el suelo y las piedras de él. Además de esto las riberas son tan inaccesibles así por la altura y aspereza de ellas como por las arroyadas que de muchas partes vienen a dar al río, que hacen imposible tirar con bestias las barcas agua arriba. Demás de esto hay tantas casas de molinos que recibirían daño con el rompimiento de las presas, que demás del perjuicio universal del quitar las moliendas a toda la comarca..." (17).

Esta es la situación de los dos ríos palentinos: los más idóneos para el enlace del mar con la meseta, pero quien describe la comarca no olvida los problemas e inconvenientes que el citado proyecto va a acarrear. Sigamos exponiendo el modo cómo va a resolver estas contrariedades.

"Pero habiendo visto los ríos y la buena disposición que tienen para regarse las tierras vecinas a ellas, me pareció que, habiéndose de sacar un cauce principal para el riego de las tierras que se han

(17) Archivo de Simancas, *Proyecto para la construcción del Canal de Castilla*, Estado, leg. 84, fol. 289; recogido por BELTRAN DE HEREDIA, *Cartulario*, Universidad de Salamanca, 1971, pp. 257 ss.

de regar con él, se podía así mismo dar orden como por aquel mismo cauce vayan las barcas y se haga la navegación". (Ibidem).

En la mente de los ingenieros hay dos objetivos: hacer posible el transporte por un canal paralelo al río y que este mismo canal sea utilizado para el riego. con lo cual se salvarían las dificultades ya descritas. La finalidad más perseguida consiste en hacer un intercambio intensivo de productos entre esas dos zonas tan diversas: la montaña y la meseta.

"Por el cauce que viene regando desde cerca de Aguilar de Campóo y veinte leguas de Valladolid, se puede navegar y traer cosas demás del trigo y cebada y paja que habrá en abundancia por causa del riego que se hace en el camino. Pueden así mismo venir todas las mercancías que viene por mar a los puertos de San Vicente y Santander y Castro y Laredo, y mucho hierro y cal y piedra franca y jaspe por estar cerca de la ribera. Pueden así mismo venir pescados de mar frescos y salados y frutas secas y verdes, como naranjas, manzanas, peras, mantecas frescas y cocida. Por el calce que viene desde la villa de Guardo, 24 leguas de Valladolid, pueden venir todas las cosas susodichas con muy mayor abundancia y con más facilidad por estar metida en las faldas de la montaña, excepto el jaspe y piedra franca que están en la ribera del Pisuerga. Pero puédesse traer mucho hierro y maderas de todas suertes como roble, nogal, castaño, teja. enebro, alisa y otros que hay en aquella montaña, que para labores de sillas y mesas y otras cosas delicadas sería muy a propósito. Puédesse traer además de los frutos y pescados de mar frescos y salados que dijimos de Pisuerga, *truchas*, vinos en gran cantidad por el agua abajo en sus arcas, como se traen en otros reinos, *proveyendo con ello todos los pueblos* por donde pasase la navegación.

La cal y la leña y carbón pueden venir en tanta abundancia que sin hacer falta en las montañas de donde sale provea todos los lugares por donde las barcas pasen". (Ibidem).

El curioso y atrevido proyecto pretendía enlazar el nacimiento del Carrión con uno de los ríos santanderinos, el Riofrío, cuyo nacimiento es próximo al Carrión y desemboca en el Cantábrico.

"Este río de Carrión ha sido y es hasta ahora el de más provecho que hay en toda Castilla, así por los muchos lugares que provee de molindas como por las muchas y muy buenas tierras que se riegan. ...Este río no hace otro beneficio ninguno de riego ni otra cosa en estos lugares que están dichos, ni se les hace ningún daño con qui-

tarles el agua de su nacimiento. Visto todo lo que de este río está dicho volvió a subir a su nacimiento y desde allí bajó hasta el nacimiento del Carrión, que es un cuarto de legua, donde se había de meter el dicho río.

Habiendo visto la buena disposición para meterlo en el río de Carrión, fue prosiguiendo por el río susodicho abajo, desde su nacimiento hasta *Camporredondo*, que son cuatro ... Desde este lugar de Guardo pareció que había disposición para sacarse calces derechos que podrían llegar hasta entrar en Pisuegra, por los cuales, sin perjuicio de las moliendas ni riegos que se hacen con el agua de Carrión, se podrían gobernar con el agua nueva de manera que las barcas pudiesen ir por ellas libremente hasta Dueñas..." (Ibidem).

Esta ha sido la narración, por uno de los cronistas reales, de la inspección que hizo un ingeniero extranjero contratado por la Corte.

Efectivamente, al norte de Fuentes Carrionas nace el Riofrío que manda sus aguas al mar. En su origen tiene un caudal que supera a nuestro río Carrión. Si hubiese sido posible traer ese caudal al Carrión quedaba solucionado el proyecto de este canal de navegación. Paralelo a Riofrío corre un arroyo que desemboca en el Carrión. Hay un punto en que ambos, Riofrío y su arroyo, discurren a una distancia mínima y casi al mismo nivel. Bastaría elevar el agua de Riofrío mediante una presa algunos metros para que después, aprovechando las ondulaciones del terreno, vayan a pasar sus aguas al citado arroyo que comunica con el Carrión. Estas deben ser las intenciones técnicas para llevar a cabo la obra de trasvase.

Carezco de conocimientos para inclinarme a favor del éxito de la puesta a punto del citado proyecto o, por el contrario, es un sueño de buenas intenciones, pero irrealizable. Reuniendo estas citas de Archivo, he pretendido probar las implicaciones que ha tenido y tiene el río Carrión para la comarca. De haberse llevado a cabo el conocido plan, hubieran cambiado las fuentes de riqueza y las gentes de toda la región se habrían servido de ingresos suplementarios. Habría que apostar por una inminente prosperidad y riqueza, al igual que otros centros comerciales de la época.

Su aprovechamiento actual queda reflejado en la construcción de dos pantanos: Camporredondo y Compuerto, además de la transformación agrícola en la comarca de Tierra de Campos.

Me he detenido en esta amplia descripción del siglo XVI por creer que contiene en su trasfondo implicaciones antropológicas. El acercamiento económico y comercial entre la montaña y la llanura habría traído consigo diversas interrelaciones humanas. Se habrían multiplicado las comunicaciones, evitando, por una parte, el estado de aislamiento a que se ha visto sometida esta zona montañosa, debido en buena parte a los condicionamientos adversos. La mano humana hubiera imperado sobre esas determinaciones naturales. Pero, por otra parte, esta innovación en el transporte hubiera acarreado una cierta aculturación, y en la actualidad no podríamos presentar muchas de las creaciones aportadas por las gentes de Fuentes Carrionas.

En el capítulo siguiente, veremos los distintos medios de comunicación con las comarcas cercanas y se podrá comprobar mejor la dimensión que hubiera alcanzado este proyecto humanamente plausible.

* * *

En el apartado anterior se ha descrito la totalidad de elementos que conforman los alrededores de la zona habitada. Las líneas que siguen están dedicadas al propio casco urbano y sus características.

El tipo dominante de poblamiento es la dispersión, sino el de pequeñas agrupaciones, ocupando laderas de montañas y acogiendo las pequeñas vegas y valles que se hallen entre montañas. Domina, pues, la pequeña aldea, con un máximo de 60 edificios y una población de 250 habitantes. En el cuadro siguiente observamos una ligerísima curva ascendente en el aspecto demográfico en los pueblos más representativos de Fuentes Carrionas. A partir de 1965 comenzaría ese inevitable descenso, dejando una diezmada población.

Son agrupaciones abiertas, cuyas casas no forman propiamente calles, éstas no guardan un trazado rectilíneo. Las casas están agrupadas sin mucho orden y separadas por huertas y corrales. Se guardan, sin embargo, ciertas normas consuetudinarias. Así, la distancia entre las casas es importante debido al laboreo agrícola y al quehacer ganadero. Es necesario un buen espacio para que el carro cargado pueda ser manejado con facilidad y situarlo junto al "bocarón" enclavado en la parte trasera de la vivienda.

CUADRO

Alba de los Oardaños	44	250	Palencia	190	50	40	79,36 Ayunt.	1.300
Cardaño de Abajo	32	166	Palencia	129	36	20	—	1.320
Cardaño de Arriba	8	42	León	63	16	5	—	1.350
Camporre-dondo	49	255	Palencia	367	76	110	35,88 Ayunt.	1.253
La Lastra	29	151	Palencia	179	60	25	—	1.360
Triollo	36	247	León	244	65	28	62,98 Ayunt.	1.299
Vidrieros	27	140	León	153	31	32	—	1.350
PUEBLOS	Veci- mos	Al- mas	Obis- pado	Habi- tantes	Vivien- das	Habi- tantes	Exten- sión	Altitud m/a
	1847			1961		1975		

De cualquier forma, la colocación de casas-viviendas tampoco es arbitraria ni independiente en relación con las de los demás vecinos. Así, no se podrá ocupar caminos o cañadas, lugares por donde ha pasado el ganado durante muchos años. Nos encontramos, pues, con ciertas normas muy generales que deben ser cumplimentadas respecto a la forma y lugar de construcción. Esta interpretación vecinal referente a la planificación de las construcciones rurales tiene su base y aplicación en el asentamiento tradicional. Todo lo construido y planificado, con su función dada por el tiempo, es la pauta y norma a seguir.

En los pueblos más populosos se da la división en barrios, que generalmente toman el nombre de algún elemento destacable enclavado en su zona: puente, ermita, eras... Esta división ayudará a la regulación y control del ganado. La plaza no tiene una forma

concreta, suele ser un lugar abierto y céntrico, rodeado de casas. Hay dos elementos significativos en la plaza: una o varias olmas y un pilón y bebedero para las vacas. Por ocupar el lugar más llano del pueblo también se instala en la plaza la bolera. No encontramos diferencias sensibles entre las viviendas de los vecinos, reflejando el conjunto de casas una panorámica homogénea.

La casa de Fuentes Carrionas

La distinción hecha entre la franja montañosa y la cuenca interior sedimentaria o la meseta, actúa eficazmente en la casa rural, en cuanto que supone el empleo de diferentes materiales de construcción y en cuanto que las distintas economías determinan modos de vida que conformarán el tipo de casa que reflejará las exigencias peculiares de la zona. Habrá que añadir a estas determinaciones físicas la infiltración de técnicas de las regiones limítrofes.

Esta doble caracterización de las casas rurales con sus contrastes son fáciles de observar en nuestra provincia.

En relación con el material constructivo, la orla montañosa se caracteriza por el empleo de la piedra y madera; mientras que las comarcas interiores palentinas se dan las casas de tapial, de adobe, de ladrillo o mampuesto reflejando unas aglomeraciones urbanas sumamente características. Hemos llegado, pues, a apreciar en el "hábitat" de Palencia las dos zonas principales en que geográficamente se divide. Hemos puesto de manifiesto el hecho de que así como geográficamente se puede dividir a la Península en dos grandes zonas, la España húmeda y montañosa y la España seca o árida, también se puede distinguir una arquitectura popular que corresponde con estas dos grandes zonas en que dividimos la Península. Estas diversidades las encontramos en nuestra pluriforme provincia.

A pesar de todo, hay algunos rasgos comunes que se dan en la arquitectura popular. Así, el adobe también es usado en la montaña para la construcción de tabiques interiores. La diversidad más acusada la encontramos en la variedad de fórmulas y de matices entre las casas de las diferentes comarcas, de tal manera, que se pueden establecer una serie de tipos perfectamente diferenciados y con caracteres tan bien definidos que responden al palimorfismo étnico y geográfico que nos caracteriza, dando lugar a una variedad

de procedimientos constructivos que no pueden dejar de producir asombro si se trata de examinarlos en conjunto o en detalle.

Estas generalidades sobre el diferente tipo de casa rural nos permitirá adentrarnos más adecuadamente en la descripción de la casa de Fuentes Carrionas.

En la descripción de la vivienda y otros edificios anexos (horrera, sobera, fragua...) están implícitos el medio físico, el modo de vida y los conocimientos de los moradores y constructores. Como ya advertimos, los principales materiales que contribuyen para la edificación son la piedra y la madera. La clase de piedras empleadas son calizas, "relengas" (guijarros graníticos), cuarzitas y pizarras. La madera es extraída en los montes cercanos. Su contribución es, sobre todo, a base de hayas y robles, que son las especies más abundantes y las que mejor responden a este tipo de uso. Se observan también entramados de abedul. Estas especies madereras suministran vigas y armazones para toda la casa, así como para suelos y entarimados que normalmente son de roble. Las paredes son de tosca mampostería. En las casas más antiguas se observan deficiencias claras en el trazado de las paredes, apareciendo bastante desfigurado el primitivo trazado. Pero hay una muestra de gran cuidado en las cuatro esquinas y en los dinteles de puertas y ventanas donde se aprecian piedras muy bien labradas, haciendo honor a una tradición de buenos canteros en esta parte del norte palentino. Esta especialidad en el trabajo de cincelado es más observable en la construcción del pantano de Camporredondo allá por el año 1920.

La técnica más empleada por los canteros y mamposteros es el denominado "trescanteo", es decir, que la pieza ya labrada que se vaya a colocar ocupe las dos juntas de las piedras anteriores para que el armazón del muro sea más compacto. Aunque este método no se emplee en los recuadros de puertas y ventanas aquéllos, sin embargo, son un claro exponente de gran robustez, puesto que las piezas empleadas son de considerable tamaño. A menudo las jambas de las puertas presentan únicamente tres piedras, las dos verticales y la transversal.

La planta es un rectángulo con vertientes paralelas, es decir, el eje del tejado es paralelo a las dos fachadas. En cuanto a la ocupación de espacio, se advierte un desarrollo considerable en anchura, pero no queda desproporcionada ya que consta de dos

pisos y desván. La teja curva es el elemento más general para la cubierta. Pero en los primeros decenios del presente siglo abundaban más los techos de paja de centeno o "colmos" que los tejados, que son posteriores (v. fig. 2). Esta modalidad de techumbre respondía a claras defensas contra las bajas temperaturas invernales. A decir de varios informantes las casas de antes eran de recias paredes, sin huecos apenas y con tejados de vertiente más acusada que las de ahora, "los cuales cubríamos con paja de centeno, es decir, con colmos entrelazados para hacer las casas más calientes".

Estos techos presentan, no obstante, inconvenientes respecto a los tejados posteriores. Los vendavales eran sus peores enemigos. "Los fuertes vientos levantaban a menudo los techos, y cuando uno se levantaba podía encontrarse con la casa en "latas" (se denomina así a las tablas delgadas sobre las que se aseguran los tejados). En las latas de las esquinas se hacían unas barrenadas para sujetar lo mejor posible todo el conjunto de colmos o haces de centeno. Además se colocaban lanchas que sirvieran de peso para presionar mejor la paja. Junto con las lanchas iban unos céspedes para no dejar correr las lanchas. Todo esto nos muestra otra de las inconveniencias de este tipo de techumbre; su excesivo peso. Además era necesario una revisión anual para comprobar su estado ante posibles incendios. Vamos a detenernos en esta costumbre por presentar un rico aspecto folklórico.

En el mes de diciembre, entorno a las fiestas navideñas cuando el trabajo no aprieta, el ayuntamiento con sus alguaciles y criados hacía un recorrido minucioso por todas las chimeneas para comprobar su estado y controlar su mantenimiento. Esta tarea se conoce con el nombre de "*visitar las perguas*". El origen de esta palabra vendría del latín 'pergula' que significa balcón, galería descubierta... Aquí por una extensión del término abarca también desván.

"El alguacil y los criados llevaban badiles (paleta de hierro para remover y recoger la lumbre en las chimeneas y braseros) como una espada con buena punta y con esto se registraba la chimenea en el desván. Así se comprobaba si había resquezas (agujeros); si se encontraba alguna se hacía más grande para que la arreglaran cuanto antes, ya que por estas hendiduras podían salir chispas que incendiasen las telarañas y propagarse el fuego hasta el tejado con lo que no había solución para la casa entera.

En muchas casas nos mandaban pasar a la cocina y nos obsequiaban con vino, nueces... Si había oportunidad se cogía un chorizo al vecino. A las últimas casas íbamos peleles, pero haciéndolo bien tiene su fundamento y mucha razón”.

Nos podemos dar cuenta cómo este tipo de casas con los techos de paja exigían las debidas precauciones, no sólo para el propio vecino, sino para todo el pueblo. La fácil combustión de los olmos, ya muy secos, pondría en peligro las casas de la totalidad de vecinos. Esta es la razón de que fuesen los propios hombres del ayuntamiento quienes vigilasen el estado de las “perguas”.

Las construcciones más tardías con la teja curva solventaron estos problemas. Pero, a decir de muchos vecinos, tampoco han resuelto eficazmente una contrarrestación fuerte frente a los temporales y a las condiciones climatológicas tan adversas. El mayor problema de las viviendas siguen siendo los tejados. Estos tienen muy poca pendiente, lo cual provoca durante nevadas abundantes que la nieve quede asentada en las zonas sombreadas, produciéndose la rotura de tejas con el deshielo y las consiguientes goteras. De ahí, que en la actualidad esté cambiando la panorámica de estos pueblines con la mutación de colorido en los tejados, suplantando las tejas por la uralita.

La generalidad de fachadas están blanqueadas, quedando al descubierto las piedras labradas. Este aspecto les da un aire muy acogedor (v. fig. 3).

Los dos “hastiales” o las paredes laterales y la fachada trasera quedan descubiertos, mostrando sus piedras unidas por caliza y tierra “barrial” o tierra arcillosa. Las fachadas principales se abren generalmente al sur para aprovechar mejor la luz del sol y para defenderse del frío y la lluvia.

El portal queda parcialmente cerrado por tabiques de adobe. Aunque esta estructuración de la casa ha sido una innovación, ya que en un principio los portales ocupaban casi la totalidad del piso primero, utilizándose para sacrificar y seccionar los animales. El balcón es muy pequeño, siendo protegido por el mismo alero. Estas reducidas dimensiones del balcón contrastaban con las balconadas o galerías propias de las casas solariegas santanderinas y con las casonas de aire señorial en Aguilar de Campóo. El balcón queda completado por una sencilla barandilla de hierro cuyos

apliques y ornamentaciones son forjados por los propios herreros del lugar.

La parte habitable o la vivienda propiamente dicha ocupa algo menos de la mitad de la extensión total del edificio. En la figura 4 podemos ver la distribución más generalizada de compartimentos.

En la parte baja nos encontramos con la cuadra para las vacas y la corte para las ovejas, ambas, junto con la bodega, dan a la parte posterior. El piso segundo está constituido por una sala y varios dormitorios, la cocina puede hallarse en el piso de arriba; pero lo más común es que esté en la planta baja. Las numerosas modificaciones de acuerdo con las nuevas necesidades ponen en peligro la pervivencia de los antiguos tipos constructivos (v. fig. 4).

El hogar u "hornacha" está situado en un ángulo de la cocina, favoreciendo un ambiente cálido y propicio para el contacto y comunicación de la familia. Será, sin duda, la pieza de la casa más usada, contribuyendo a la cura de la matanza que cuelga de las vigas. "El "cañón" o chimenea está situado en un hastial. Una pieza de hierro denominada "charpa" cruza la chimenea para controlar el fuego. Otro elemento que no faltará en ninguna cocina de la montaña será la trébede: plancha de baldosas encima del fogón, utilizada en los días invernales para el reposo y comodidad en las tertulias nocturnas.

El "bocarón" o "boquerón" es una abertura amplia que queda a poca altura del suelo, sirve para dar entrada a la hierba en el pajar. Ocupa el centro de la fachada trasera. El asentamiento de las casas, aprovechando la pendiente del terreno, hace que el bocarón esté muy a mano, favoreciendo la labor en el descargue de la hierba y permitiendo introducirla fácilmente en el pajar (v. fig. 5).

La "sobera" (17) es pieza imprescindible junto a la casa. Se emplaza junto al hastial; la sostiene una gran viga empotrada en el muro lateral y apoyada en un pilar de madera. La parte delantera queda abierta para recibir la luz solar, constituyendo una prolongación de la vivienda con la que se comunica, así se evitará salir al exterior durante el mal tiempo. En la sobera se guarecen el carro y los principales aperos de labranza y también se realizarán una gran

(17) En otras zonas de la montaña, bien leonesa o palentina, se denomina a esta misma pieza "portalón". Es posible que el término "sobera" se deba a un cambio fonético de "solera".

variedad de faenas invernales: confección de madreñas, reparación de instrumentos agrícolas, cortas la leña y apararla, es decir, multitud de actividades madereras (v. fig. 6).

Hay varios autores que señalan la existencia del hórreo en el norte palentino. He comprobado cómo mapas, que indican la geografía abarcada por el hórreo, llegan hasta Fuentes Carrionas.

El hórreo asturiano, diferente del gallego, por su planta cuadrangular, desborda los límites de la provincia y penetra en las colindantes de León, Palencia y Santander (18).

También el etnólogo Caro Baroja hace la descripción del hórreo y señala los lugares donde se ubican. Este tipo de hórreo (asturiano) se caracteriza por tener la planta cuadrangular, techo a cuatro vertientes con el vértice de ellas en el punto central, más alto, pilastras de piedra y paredes de barras de madera y varas entretejidas, o simplemente tabla. Este tipo de hórreo se halla en el nordeste de León (Riaño) y en *algunos pueblos del extremo septentrional de Palencia (Triollo, La Lastra)* (19).

Tanto la información de los vecinos de los pueblos citados como mi propia observación desestiman esas aseveraciones respecto a la existencia de tales hórreos en Fuentes Carrionas. Aunque este equívoco puede ser justificado, ya que hay algunas soberas y toscos molinos con parecidos a ese tipo de hórreo descrito. Las funciones del hórreo: resguardo del grano contra las alimañas y protección de los aperos agrícolas frente a la lluvia y viento, quedan aquí salvaguardadas por la panera construida con tablas en el interior de la vivienda y por la sobera ya descrita.

La lectura de todo lo dicho nos puede llevar a la conclusión que ya hemos infiltrado: la perfecta adecuación de la casa al medio geográfico en que se levanta.

Los factores culturales ante cuya desaparición tenemos que resignarnos, sin que ello quiera decir que nos desentendemos de su estudio pormenorizado, afectan fundamentalmente a la manera de trabajar, a la actuación frente a la vida y al mundo que les rodea, y, por tanto, también afectará al modo de la habitación humana. Con esto no pretendemos que se mantengan los interiores de las

(18) TERAN, *Geografía de España y Portugal*, tom. IV, p. 112.

(19) CARO BAROJA, *Los pueblos de España*, Madrid, 1976, II, p. 58.

casas intactos ni que nuestros pueblos no se acomoden a necesidades actuales. Sería una aberración social mantener un punto de vista paisajístico y ambiental cuando son necesarias las condiciones mínimas vitales. Si bien es cierto que desde el punto de vista etnológico la pérdida de estos y otros valores de los que trataremos es sensible, sin embargo, bien perdidos sean en pro de un progresivo nivel de vida. Pero lo que no podemos justificar es el desdén y olvido de las estructuras y formas de vida que han estado vigentes hasta hace poco.

CAPITULO III

ACTIVIDADES ECONOMICAS E IMPLICACIONES SOCIALES

"El contacto con la tierra y más aún la lucha con la montaña, hacen que la vida precisamente por ser allí más dura sea también más verdadera."

(PEREZ-MIER: "El condado de Pernía")

1. Costumbres pastoriles

Intentaremos mostrar en las siguientes líneas cómo los rasgos culturales y económicos afectan a la vida social, la cual se modificará cuando cambien los determinantes económicos.

El cuadro económico quedaría completado en su parte fundamental, haciendo una descripción de la ganadería y sus cuidados, que representan el grueso de ingresos monetarios para las gentes de Fuentes Carrionas. La ganadería es actualmente un factor importantísimo en el norte palentino y, se puede decir, que lo ha sido en épocas muy antiguas. Es otro de los contrastes con la llanada palentina, donde es más común y tradicional el laboreo agrícola con cereales. Esta diferencia nos puede explicar las numerosas incur-

siones que hacían los cántabros en tierra vaccea para proveerse de alimentos inexistentes en la alta montaña.

Volviendo a la ganadería de la montaña, podemos distinguir dos clases de explotación pecuaria: la tenencia de animales relacionada con las faenas agrícolas y el pastoreo propiamente dicho. Aquí es el ganado vacuno el que representa prioritariamente las dos formas de explotación. Por ahora, nos va a interesar describir y estudiar el tipo o raza de vaca, aquí apodada "del país" o con un apelativo más genérico: tudanca. Se caracteriza por su enorme capacidad para el trabajo, ocupando toda la zona en esa misión de animal traccionador. Raza de peso algo pequeño, de perfil recto y pelaje oscuro o pardo; con cara larga y cuello estirado, lo que junto a las encornaduras muy sólidas, la hace apta para el trabajo. Sus extremidades son altas, detalle morfológico que contribuye a calificar a esta raza dentro de la aptitud del "trabajo".

En efecto, se muestra excepcional como animal de labor, siendo también muy útil para el arrastre de "basnas" de leña y piedra que realiza con gran energía y valor. Por el contrario, su carne es de mala calidad, por lo que para mejorarla se ha cruzado con la suiza parda, que se conoce en la región con la nomenclatura de "ratina". Lentamente se ha introducido esta mezcla dando muy buenos resultados y una excelente adaptación al medio (v. fig. 7).

Puede vivir en zonas de pastos de verano, con grandes puertos comunales, donde su alimentación es casi gratuita. Poseída por ganaderos económicamente débiles, necesita aguantar el invierno—durante el que se alimenta mal— con las reservas obtenidas durante el verano. Pero su gran facilidad de adaptación a medios adversos es, sin duda, su cualidad más apreciable en un entorno físico como el de Fuentes Carrionas, donde abundan las temperaturas bajas y las montañas son muy acusadas. Las condiciones naturales son más duras que en las otras zonas interiores de las provincias cántabras.

Hasta el momento, es imposible prescindir de la vaca parda o ratina en los trabajos agrícolas: ara, trilla, tira del carro... Además de criar y dar leche normalmente. Todo esto hace que la ganadería vacuna sea el sostén de la economía familiar. Los apelativos, utilizados por el amo, nos muestran y expresan el acercamiento que se da entre el campesino y este preciado animal. Entre otros he escogido: "Majita", "Galana", "Gallarda", "Princesa", "Capitana"...

Lo más interesante, en el presente apartado, desde el punto de vista costumbrista son las normativas y reglamentaciones en torno al pastoreo.

El régimen más corriente para el cuidado del ganado vacuno y ovino es el de "vecería" ("veceira" en Galicia y "vecera" en León), consistente en el ejercicio de pastoreo por turno, es una forma comunalista, donde todo el vecindario colabora. Consiste en llevar el ganado al monte o valle del municipio. Cada día irá un propietario de las reses, siguiendo el orden de las casas, cuadras o cortes en el caso de ovejas. Uno de los vecinos a los que toque este turno debe "tocar a vecería", para las vacas se utiliza las campanas y para las ovejas la señal de recogida es a toque de cuerno. Los días de vecería están en proporción al número de animales. La norma a seguir en Fuentes Carrionas al respecto es la siguiente: por cada cinco ovejas hay que guardar vecería un día y por cada dos vacas un día también, pero si el número de cabezas es mayor o menor que lo indicado se va alternando, así en una "corrida" un día más o menos de lo ya estipulado. "Esto de la vecería da lugar a algunas reñillas de poca consideración".

Para el rebaño de ovejas los propietarios pagaban a un pastor fijo, pero le debían acompañar varios "veceros" en la forma antes descrita. "Había que pagarle con cosucas de casa... Al pastor siempre se le ponía un puchero: o mu guapo con titos, cecina, morcilla...". El pastor de las ovejas iba, por lo tanto, a cenar a las casas de los vecinos, ya que la comida la debía de hacer necesariamente en el campo. Los días que debía acudir a la casa del vecino para este menester, también estaban estipulados de acuerdo con el número de cabezas.

La paga anual para el pastor no era monetaria, sino en especies, tales como patatas y centeno. Normalmente se le pagaba con medidas de centeno "unas cinco o seis cargas de centeno hacia comunmente el total", aunque la cantidad estaba también en dependencia del número de ovejas que mandaba cada barrio del pueblo. Ya que, para reglamentar mejor la forma de pago al pastor, se dividían los vecinos en dos o tres partes, coincidiendo estas partes con el número de barrios que existían en el pueblo. "Nos juntábamos todos los combarrianos y hacemos tres reglos, pues tres son los barrios".

Lo que correspondiese pagar a cada barrio se dividirá por el número de ovejas o "reglo", así se hallabab lo que correspondía

pagar por cada oveja que se tuviera. "Normalmente era alrededor de un celemin o medio cuarto".

Estas reuniones intervecinales eran aprovechadas para una celebración festiva, intercambiándose proyectos e introduciendo nuevas normas pastoriles, si así era el sentir común del vecindario. Había un día señalado en el año: "El día de San Pedro, el pastor no iba con las ovejas, iban dos vecinos, y aquel mismo día se le ajustaba. Se traía un cuartillo de vino para cada uno o un cántaro de vino para todos. Después de echar la cuenta a cómo salía cada oveja, se hacía algo de fiesta y el pastor repartía un trozo de queso preparado por él".

Esta acción de contrato con el pastor ha expresado un día de tradición entrañable entre pastores y ganaderos. La necesidad de acuerdo entre los vecinos los lanza para remarcar ese momento con manifestación festiva. Esta actitud comunitaria la veremos reflejada en las sucesivas manifestaciones folklóricas.

Hemos recogido también un tipo de pastoreo infantil, que ha implicado un rico y curioso costumbrismo. Los chiguitos son los directamente encargados de conducir los corderos —durante los primeros días de mayo— hasta los lugares de pasto y después son los asignados para recogerlos en sus cortijos correspondientes. A esta operación se la denomina "avezar los corderos".

El primer día festivo del mes de mayo se iba por "lirones" (jacintos) que nacen durante la Primavera en las "lamizas" (prados con fuentes). Con estas flores amarillentas se confeccionaban unos lazos que recorrían y recubrían la mayor parte del cuerpo del mejor cordero, escogido para tal efecto por los "pastorucos".

"Iban dos o tres chiguitos mayores a por ellos (lirones), y se los tejía a modo de rosca. El amo del cordero obsequiaba algo a los chiguitos, como premio por haber señalado él su cordero".

La conducción, la doma y el cuidado de los corderos ("avezar") se hacía también por grupos, es decir, por barrios que pudiera haber en cada pueblo. Esto daba pie para que los distintos grupos de muchachos se picardeasen y se lanzasen mutuamente frases burlescas. Cuando echaban "marro los corderos" (salir alborotados y disparados sin rumbo) de una barriada, los otros gritaban frases pareadas que ponían en evidencia la falta de habilidad pastoril. "¡Marro a los del barrio la Puente, porque son poca gente!". "¡Marro a los

del barrio Las Heras, porque son unos calaveras!”. “¡Marro a los del barrio Arriba, porque son mucha germanía”.

Estos grupos de zagales improvisados tienen sus juegos al aire libre para matar el ocio mientras sestean el ganado. Generalmente son de destreza, de habilidad y de fuerza. Hay que manejar la “porracha” o el cayado con soltura y tino para luchar y competir en el juego. El más peculiar y conocido que está en conexión con esta actividad infantil se denomina “jugar a la sopa”. Colocaban una vara pinada y en su base los trozos de pan de quienes participasen en el juego, acotándose una extensa zona en derredor de la vara para que la distancia fuese igual a todos los jugadores. Con la porracha o cachaba intentaban derribar la vara; quien lo lograra escogía un trozo de pan: el pedazo más grande y el de mejor calidad. “Lo primero que elegíamos era el “pan de cuartal” (pan muy blanco y con la corteza muy fina) y dejábamos el de centeno. En más de una ocasión alguno de los chiguitos mayores se comió el pan de los demás”.

“Ya de parte tarde los chiguitos pedían los *torresnos*; los vecinos les daban tocino y huevos”. Portaban un palo simbólico, en su terminación tomaba forma de horquilla y allí pinchaban varios “torresnos” sujetos al palo bifurcado. “Así era un aleluya o pendón y la gente sabía que andábamos pidiendo los torresnos, era como una contribución o paga por avezar los corderos de todo el pueblo”. Todos los alimentos recogidos se reunían y se llevaban a una casa donde les dejasen y diesen permiso para hacer la cena y la consiguiente velada. “¡A comer los torresnos en ca tío Román! Así se corría la voz y se sabía dónde se debía ir. Era de mucha tradición hacer ese día unas torrejetas y, para eso, cada uno llevábamos un poco de miel”.

Estos días de pastoreo infantil podría durar hasta una semana, eximiéndoles de su asistencia escolar, finalizaba cuando se ajustaba un “corderero”, al que también se le ayudaba en vecería.

Las varas de abedul y de avellano que habían sido utilizadas para arrear y conducir los corderos eran convertidas en “aijadas (aguijadas) pa pinchar las vacas desde el carro. Para ello, se las aguzaba un poco por abajo y al otro extremo iba una punta acerada y clavada en el centro”.

Otra de las variedades que conectan con la ganadería, y una de las costumbres más arcaicas, consiste en la tenencia y cuidado

del *toro*, propiedad del vecindario. El toro tiene destinados varios prados y fincas, que atienden a sus necesidades alimenticias.

En todos los pueblos del noroeste palentino encontramos siempre algunas zonas llamadas “prao del toro” o “prao del concejo”, su pertenencia y explotación se hace comunitariamente y sus fines van en atención a este animal.

Esta manera de prestar los necesarios cuidados al toro se remonta a la época prerromana, donde los cántabros practicaban esta costumbre. Esta originalidad cántabra es recogida por González Echegaray en su obra histórica “Los Cántabros”, que ya hemos citado con anterioridad.

Una vez finalizada la recogida de hierba para el toro del concejo, los que han participado en la “huebra” o trabajo comunitario son obsequiados con escabeche, pan y vino. Esta celebración festiva a la terminación del trabajo comunitario tomaba un cariz más folklórico si, por entonces, llegaban los pastores trashumantes. Los arrendatarios de los puertos del término regalan una borrega. El presidente de la Junta Vecinal nombra los cocineros, se arma la bolera y en ella misma es guisada y comida la borrega en cuestión. El vino corre abundante, se sueltan las lenguas, y hay regocijo y sana competencia en el juego de bolos. La alegría se comunica a la gente moza y el resultado es un baile en el que danzan niños, jóvenes y viejos (20). Pero no siempre se da esta trama de explosión festiva, la huebra se celebrará independientemente de esta coincidencia.

Todavía hay otra variedad más, dentro de este panorama de tradiciones pastoriles enclavadas en las montañas que circundan al Carrión. Me refiero al pastoreo continuo durante los meses de verano en los pastos de alta montaña, de esta manera, son aprovechados los lugares más alejados del pueblo.

Los animales que se conducen hasta el “puerto” (todo el término con derecho a pastar) son las “anojas” (novillas de un año) y algunas vacas que no han sido enseñadas o no son necesarias para la labor. Inician la ascensión a la majada en primavera, cuando va desapareciendo la nieve por el lento deshiele, y descienden los

(20) HIDALGO REDONDO, *Un rincón de Cantabria*, Valladolid, 1968, p. 58.

últimos días de octubre para permanecer en el establo todo el invierno.

De la yugular de los animales cuelgan unos campanones o cencerros enormes; adornados con ciligranas en la madera, destacando la inicial o señal del propietario. El tintineo de los badajos ubicará enseguida la situación de los animales, favoreciendo la labor del vaquero. Dos perros quedan acompañando al pastor y si llega el caso defenderán a la cabaña de los lobos.

En el puerto se hacen unas tenadas o cobijos para las novillas, paredes en forma de círculo, delimitando así un corral (v. fig. 8).

Todas las noches la cabaña queda recogida en la tenada. El vaquero o pastor tiene su choza, que en un principio se forraban con escobas entrelazadas y apoyadas en bajas paredes de piedra, es el tipo que siempre han utilizado los pastores transhumantes. Las chozas más tardías se construyen con piedra y tejado, pero sin salida para el humo. Los céspedes y helechos sirven de mullida entre las tejas y la madera. Hay dos camastros en los laterales, son fabricados con palos atravesados y recubiertos éstos con un flexible entramado de escobas o retama. Una está destinada al vaquero y la otra es para el vecero o ayudante de turno cuando la cabaña es numerosa. Este vecero debe llevar el "avío al vaquero" o el alimento para todo un día, aunque esto está en dependencia del número de reses que tenga cada vecino.

Había ya cierta cantidad establecida para que ningún vecino se olvidase de la dieta completa: "Libra y media de pan, ración diaria de legumbres, tocino y carne". Al vaquero se le ajustaba por una temporada en una cantidad monetaria a convenir, que luego se repartía entre los propietarios de novillas. El pastor se obligaba, a cambio, a prestar cuidadosa atención a toda la cabaña y anunciar cualquier anomalía al propietario de la res.

Tenemos, pues, un idea más o menos suficiente de la naturaleza del régimen de explotación de los ganados en esta modalidad de transhumancia interna. Esta práctica pastoril no ha funcionado espontáneamente, sino que ha estado ajustada a normas jurídicas precisas y ha estado sometida a cierta legislación dictada por mancomunidades u originada por fueros antiquísimos. Debemos incluir también cierta determinación feudal en esta antiquísima transhumancia local.

Durante las largas horas de soledad y a lo largo de todo el año, los pastores se dedicaban a varios trabajos manuales. Entre los útiles y objetos del arte pastoril son notorios los bastones o porrachos adornados a punta de navaja, fuentes de madera y cucharas, collares y trabillaspar a colocar el cencerro a las reses que lo hayan perdido. Son comunes también los objetos fabricados con cuernos.

Es muy probable que desde épocas remotas hayan vivido en estos puertos núcleos de pastores especializados en ganado vacuno. Pero la organización de la vida pastoril ha tenido que cambiar, por fuerza, a través de los siglos, hasta llegar a los caracteres y usos que hemos descrito. Deduzco este apunte histórico por la análoga situación de otras comarcas cercanas.

Dejamos ya la descripción de este tipo de transhumancia local, para tratar del movimiento pastoril que más importancia ha tenido en España. El conjunto de los pastores castellanos, agrupados en la Meseta, obtuvieron caminos libres para pastar en la montaña durante primavera y verano.

Tanto la zona noroeste de Palencia como muchos de sus hombres son también protagonistas de estos intereses ganaderos. Esta es la razón de nuestro detenimiento en esta conocida vida pastoril. Tanto ha sido este contacto con este movimiento pastoril, que dos de los pueblos de Fuentes Carrionas —los dos Cardaños—, han sido producto de sendos asentamientos de estos pastores, que escogieron la montaña para desplegar sus dotes pecuarias.

El día de San Marcos (25 de abril), los rebaños abandonaban la Extremadura y se encaminaban hacia las montañas por las cañadas o cordeles destinados únicamente al paso de ganados. A mediados del mes de junio por S. Antonio aparecían ya los primeros rebaños por los pueblos más bajos de Fuentes Carrionas: Otero y Camporredondo. La ruta que se seguía en esta zona es un ramal procedente de la cañada leonesa. Su llegada es celebrada con alborozo y griterío, también con un poco de respeto al ver los enormes perros que custodian el rebaño. Los ladridos intensos de los canes locales, ante la presencia de estos robustos mastines, anunciaban la llegada del rebaño al pueblo. "Cuando venían las merinas, todos los chiguitos íbamos a defender pa que no entrasen en las tierras". Por preservar a las merinas de los sembrados e ir a esperarlas, los pastores obsequiaban a los muchachos con el "pan de cuartal".

Este regalo suponía una verdadera donación simbólica: pan traído de zonas cerealistas y entregado en lugares donde el trigo escasea.

Pernoctaban en estos pueblos de la montaña, donde había un lugar destinado para tal efecto. Se dedicaba un huerto cercano y apto para mantener recogidas las merinas.

Los rebaños marchaban alrededor de S. Froilán, bajando de las majadas entre "canchales" (peñascal o lugar de grandes piedra descubiertas) y volviendo a repetirse las operaciones de la llegada a su paso por los pueblos, dando la impresión de un ejército en retirada después de haber resistido lo más posible. Algunos años, que se anticipaba la nieve, tenían que adelantar la marcha; pero no se dirigían aún hasta fecha señalada hacia Extremadura y Salamanca. Permanecían en algún puerto más bajo y templado, para lo cual debían pedir permiso y autorización al vecindario, ya que esta circunstancia no está prevista en los privilegios de la Mesta.

Aunque no nos compete un análisis minucioso sobre la transhumancia pastoril; sí vamos a adentrarnos en detalles sobre el funcionamiento y organización de los "meriteros"; ya que ha sido durante años el *modus vivendi* de muchos montañeses. Todas las descripciones y datos que va a ser expuestos han sido recogidos de un informante que dedicó su vida a esta labor, y que a modo de homenaje no quisiera ocultar su nombre: tío Matías.

Cada gran ganadería tenía y tiene un "mayoral", especie de cabecilla encargado de arriendos, salarios, marchas, es decir, administrador y director del rebaño. A éste sigue un "sota mayoral" que lo asiste en las mismas funciones. Después venía el "rabadán" que "escricaba" o se encargaba de dar cada cordero a su madre. También dirigía uno de los rebaños en que se dividía la cabaña, para lo cual era reforzado por el "compañero" y "ayudador". A continuación había diversos cargos con sus correspondientes graduaciones: "persona" auxiliar de los anteriores, zagal, "sobrao" o encargado de las yeguas hateras con sus crías, se ocupaba también de la carga de ropas y alimento.

Esta multiplicación de cargos y funciones pesaba a la hora de recibir los salarios. Pero además de pagar un sueldo estipulado; el propietario del rebaño debía conceder el beneficio de la "escusa" a cada pastor, consistente en el derecho de llevar con los rebaños del dueño un cierto número de cabezas propias y en modo proporcional al cargo desempeñado. El rabadán 48 ovejas, el compa-

ñero 45, el ayudador 40, la persona 37, el sobrao 30 y el zagal 25. Con el reparto y contabilidad del número de ovejas de cada pastor, tenía también lugar, el ajuste o contratación de cada uno. Cuando se esquilaban, se daba la relación de corderos de "piara" o pertenecientes a los pastores y los de "hierro" que eran propiedad del amo.

Se vendían todos juntos, el amo llevaba a cabo la operación de venta. Cuando se sacrificaba alguna merina, también había reparto proporcional entre los pastores. Las pieles de los corderos eran para el rabadán, las de las ovejas se ablandaban; para ello, se dedicaba todo el día a tenderlas hasta que se secaban; el "casco" era para el mayoral; la lana era propiedad del amo, pero si un zagal necesitaba una piel para "angorras" (pieza de cuero destinada a proteger las partes del cuerpo expuestas a rozamientos fuertes) o algún casco para correas y "zajones" (cuero protector de las piernas) se lo daban, pues también tenía a ello cierto derecho.

De gran testimonio etnográfico podemos considerar las construcciones arcaicas de los chozos, erigidos en varios puntos de las montañas, en cuyos lugares se asentaban año tras año (v. fig. 9).

La planta del chozo es circular, las paredes de piedra que la delimitan son muy bajas, alrededor de medio metro, esto hace imposible franquear la entrada si no es "a gatas". El techo, de forma cónica, ocupa la mayor parte del chozo, que es recubierto con un entramado de palos, los cuales se aúnan en una "coguta" o especie de mástil. Estos largueros de madera sostienen un grueso entretejido de escobas capaz de resistir las "celliscas" o arrasadoras ventiscas invernales. No tiene ventanas ni chimenea; en el interior, ocupando los laterales, se extienden unas piedras alargadas sobre las que se colocará mullida, para que puedan ser utilizadas como camastros. En el centro del chozo hay un lugar destinado para la lumbre, la cual no debe ser muy viva por peligrar el techo. Esta construcción, verdadera expresión de la rusticidad pastoril, nos da una imagen en miniatura de las pallazas o pallozas gallegas y leonesas (La Cabrera).

El lugar escogido para su asentamiento suele ser una campera abierta donde haya fuentes copiosas (lamiza) desde donde llegarán hasta la choza algunos (regatucos" (por donde discurren las fuentes) que calmarán la sed de hombres y animales.

Los chozos quedaban hechos de un año para otro, pero siempre eran necesarias algunas reparaciones. En esta labor colaboraban los vecinos del pueblo cercano, pues con los carros transportaban los elementos que se fueran a necesitar. Los pastores, a cambio, daban una cierta cantidad monetaria al pueblo y regalaban una oveja al Ayuntamiento. La degustaban juntos los pastores y los representantes del municipio en el propio chozo. Estas relaciones eran necesarias para los pastores, los cuales acudían al pueblo cercano para cualquier imprevisto. Más aún, cuando los pastores traían a sus respectivas familias con ellos. "Algunos salamanquinos traían la familia a vivir con ellos al chozo y cuando daban a luz, iban a Triollo, donde había una partera".

Además de estos intercambios esporádicos y circunstanciales entre pastores y vecindario, había algún muchacho del pueblo llamado "motril" que ayudaba en el aprovisionamiento de pan y otros alimentos. En la fabricación de pan, el motril pedía colaboración de los pastores de distintas majadas para que recogiesen la leña necesaria y útil para la cocción.

El modo de transporte empleado es la yegua; "traíamos el comestible y lo metíamos en sacos de lona, menos el "fargayo" (carne cocida) que lo colocábamos en fardeles. La comida se ponía a contrapeso del vino (para que guardasen equilibrio las alforjas) y el pan se conservaba muy bien en los morrales".

Muchos de sus hábitos y maneras de vestir han dejado una huella entre las gentes de la montaña. Su indumentaria se compone de un chaleco cerrado con hebillas a ambos lados; recogiendo el chaleco, junto a la cintura, llevan una canana de piel, cosida con correas y dividida para los bolsillos. Los pantalones son de pana gruesa. Desde la rodilla hasta el tobillo se colocaban los "zajones", piezas de cuero con forma redondeada para adaptarse y proteger las piernas de "graspos", "carquesas" y "gatuñas" (distintos matos bajos y punzantes). También se usan polainas confeccionadas con las pieles más finas de que dispongan.

Destaca, pues, el aprovechamiento de pieles y cueros, utilizados para los elementos de la vestimenta y para útiles de transporte y conservación de alimentos. La lana, hueso y madera también son importantes materiales que se transformen en prendas de vestir, utensilios y recipientes. El cuerpo de asta vacuna es elementos indis-

pensable para transportar y conservar la “miera”, unguento de resina, destinado para las curas de la sarna y la roña. La “miera” y “piedralipe” (piedra de cobre) eran las aplicaciones de curación más generales en el uso y conocimiento del pastor.

Lo descrito hasta aquí, debe ser encuadrado en la temporada que los pastores pasan en la montaña y, por tanto, atañe directamente a nuestro estudio, pero aún hay otro tipo de labores y aspectos costumbristas que tienen lugar en los meses de invierno, en lugares muy distantes a los pastos de verano. También vamos a pasar sobre ello para completar este tipo tan peculiar de vida pastoril.

Allá se llevaba a cabo una elección de corderos, a cargo del mayoral, hacia el mes de marzo, al que no valía se le eliminaba y no era conducido a la montaña. El zagal, en tiempo de la paridera, iba a “mamentar” los corderos huérfanos a otras madres. Se dormía en “chozuelos” muy cerca del hiscal o red de esparto, para vigilar y precaver de un inesperado ataque de lobos, los cuales podían llegar a romper esas mallas.

Los días, que interrumpían la vida rutinaria y hacían varias excepciones, eran en fiestas ya tradicionales: los carnavales y Nochebuena. “Durante el Carnaval abonaban medio cuarto de vino por cabeza y se mataban dos ovejas. En Nochebuena pagaban una cena extraordinaria y daban una arroba de vino”. En este navideño día se encierran los rebaños en las majadas a la caída de la tarde. Y acuden al pueblo a celebrar la Nochebuena. Las amas de casa de los ganaderos preparan una succulenta cena, a la que son invitados los pastores, sus esposas y los hijos. No falta el turrón casero de piñones, hecho con miel tostada en la sartén, y las castañas abundan.

Después de la cena se forma ruidosa algarabía por las calles de la aldea hasta la hora de la misa del gallo. Los zagales con sus panderetas cantan y bailan a las puertas de las casas:

*La Virgen en su pobreza
ni aún pañales no tenía,
con velo de su cabeza,
al Niño Dios envolvía.
¡Ay, que tomillito!,
¡Ay, qué tomillito!,
¡ay, que tomillar!*

*¡ay, qué tomillar!
para hacer la lumbre
y al Niño abrigar.*

Los pastores asisten al acto religioso con sus trajes de gala. Los más jóvenes llevan collares de cencerrillos al cuello. Los dos mayores que ayudan a misa llevan su cayado en la mano y el zurron a la espalda.

El resto de los días había plato único; sopas de la mañana y "migas canas" por la noche. Pero la alimentación pastoril responde muy bien a sus necesidades naturales. A su género de vida en el campo. A la permanencia en el monte con sus rebaños. Por lo general, en todas las regiones ganaderas, es a base de leche, pan y queso. Así las "migas canas"; se cortan las migas de pan con cuidado. Se rocían con agua. Se tuestan en la sartén con grasa y chicharros. Finalmente se empapan en leche. La tradición pastoril ha influenciado, sin duda, en la cocina de la montaña. Tenemos el ejemplo en la chanfaina o caldereta: carne de cordero tierno guisado en caldero. Se le echan la sangrecilla y los higadillos picados, es decir, toda la asadura. Pimentón y especias. Algunos rocían esta comida con sus raciones de vino.

Esta recopilación de detalles de la vida trashumante, resume, pero no agota la rica gama de variedades y usos pastoriles. Como ya advertí, he traído a colación este tema, en este apartado sobre ganadería y pastoreo, teniendo en cuenta que las Fuentes Carrionas han sido testigos y han contactado con este movimiento de rebaños.

A modo de conclusión, acabaremos este análisis sobre la ganadería y sus diversos modos de explotación, aludiendo a la compra-venta de ganado vacuno, que se realiza en las *ferias*.

Tanto hombres como mujeres se aproximan andando y arreando a los animales que llevan a vender. "Ibamos en madreñas a las ferias, se procuraba que para la fecha de una feria los tarugos fueran alto para que no pegue la papera de la albarca en el suelo, y así parece que se vuela" (21).

Los centros o enclaves de ferias más afamados de la región, y donde necesariamente acuden los montañeses palentinos, son: Guar-

(21) "Madreña", "albarca", "almadreña" se usan indistintamente, expresando el mismo significado y refiriéndose a este tipo de calzado de madera.

do y Cervera de Pisuerga (Palencia), Riaño (León) y Potes (Santander). Las poblaciones más concurridas eran las palentinas y las fechas van de noviembre a marzo.

Las transacciones e intercambios no siempre llegan a su culmen, y se ha de venir con el ganado para casa sin vender o comprar nada en tal o en cual feria poco interesante. "Voy a comprar y entonces debo remirar, pregunto por fin de dónde son las vacas, y si hay alguna que me guste la miro y la echo a andar. Luego tanteo y digo: ¿Cuánto quieres por la tu vacas? Si me conviene la registro la dentadura y se la mira bien la "pala" para el parto". La cautela y los necesarios requisitos de los feriantes constituyen una peculiar atmósfera: las voces de compradores y vendedores, los repetidos apretones de manos dan una imagen jocosa para quien no esté acostumbrado a estas típicas concentraciones. Si la compra o venta ha tenido éxito a juicio del interesado, éste invita a los del pueblo a "echar la robla" con una jarra de vino, constituye toda una celebración satisfactoria.

Pero la feria no podemos reducirla al trato con el ganado vacuno, también existía un amplio mercado. "En alguna feria se compraba trigo, allá por San Froilán. Los que no traían burro, llevaban las alforjas en el hombro, con titos, ajos, laurel, ...ce compraba hasta una caña de hilo si era necesaria".

También se aprovechaba el día con algunos entretenimientos, se aprendían romances de gitanos y ciegos. "Siempre había uno que anunciaba el arreglo para todo el año, y no era otra cosa que un sencillo calendario". Había instalados vendedores de baratijas y quicalla, "pero no había que entretenerse mucho, ya que se iba y venía en madreñas y no había muchas ganas de fiesta". Los chiguitos, que quedaban en el pueblo, salían a esperar noticias sobre la feria, para ellos había siempre un recuerdo, "se les compraba monitas, que son higos, avellanas, nueces, piñones...".

Esta concentración regional con motivos económicos, permitía la entrada en estos pueblos de innovaciones de diverso tipo: era el medio de infiltrarse las modas para la juventud, de adquirir modernos utensilios domésticos, de aprender nuevas tonadillas... Daba lugar, pues, a un remozamiento de los usos y costumbres tradicionales, aunque su cambio era mínimo, ya que las nuevas aportaciones eran recogidas de las comarcas cercanas.

Las ferias eran las grandes ventanas por donde estos pueblos se asomaban al mundo exterior, siendo, al mismo tiempo, resquicios por donde penetraban los modernos elementos que irrumpían el círculo cerrado. Las nuevas adquisiciones, como las folklóricas, eran a su vez reinterpretadas en el propio ámbito vecinal; varias de las coplas peculiares de otras zonas, son adaptadas en música y letra de acuerdo con los conocimientos ya existentes.

* * *

2. *Principales cultivos y aperos de labranza*

Se puede dar un carácter secundario a la agricultura, si tenemos en cuenta que sus aportaciones monetarias son casi nulas; pero recobra importancia si notamos que la alimentación, tanto para los hombres como para animales, ha estado basada en los propios productos de manera fundamental. Patatas, trigo y algunas legumbres son los elementos alimenticios de más uso doméstico; mientras que la hierba, cebada, centeno en pocas cantidades han sido los productos recolectables destinados al ganado vacuno, ovino y porcino.

Pero nuestro análisis etnológico debe alcanzar los interesantes matices costumbristas del laboreo agrícola y llevar a cabo una descripción de los principales aperos de labranza. No es extraño encontrar aún mucho retraso en el modo del trabajo y en la rusticidad de los instrumentos agrícolas. Difícilmente puede usarse maquinaria moderna en parcelas donde no puede usarse el tractor, los terrenos son muy "pindios" (tienen mucha pendiente) y están muy divididos. De cualquier manera, ya se va dando un cierto inicio lento hacia la mecanización. Estas y otras causas han provocado el aumento de terrenos abandonados. "Los "rozos" (fincas ganadas al bosque y matorral) están llenos de escobares y las "campizas" (camperas sin labrar) se llenan de hierba que no es aprovechada por el ganado".

La faena más importante y más larga en duración es la siega y recogida de la hierba. Las diversas labores, que se llevan a cabo en las praderas, constituyen uno de los cultivos más característicos. El prado natural representa la base fundamental para la alimentación del ganado en los largos períodos invernales. También hay fincas

minúsculas en las vegas dedicadas al cultivo de alfalfa, trébol y otros forrajes.

Los prados son abonados intensamente en el "tardío" (otoño) y regados en primavera. El corte se verifica con el "dalle" o guadaña (la acepción más empleada de 'dalle') (v. fig. 10).

Para afilar la hoja del dalle se usa un recipiente, que puede mantener agua, de cuerno llamado "gachapa" o "colodra", va colgado del cinturón para tenerlo muy a mano y guarda la piedra de afilar, también denominada "pizarra". La gachapa contiene, a menudo, dibujos e inscripciones y, para ello, aprovechan las tonalidades y las diversas capas córneas de las astas. En varias colodras he observado algunas figuras humanas realizando faenas del campo. Cuando se desgasta mucho el corte de la hoja no sirve la piedra de afilar, es necesario un pequeño yunque y un martillo para "picar" o afilar el dalle.

Los "rollos" (hileras de hierba ya segada) recién segados se esparcen con los mangos de los rastros para que la hierba se pueda secar con la luz del sol. Una vez bien soleada, se amontona con los rastros y las horcas. Se elige el mejor lugar del prao para que el carro no tenga dificultades en la maniobra, y allí se acumula la hierba en dos montones distanciados entre sí para que el carro pueda colocarse en el medio. Esta operación facilita y agiliza el descargue. En el carro se coloca una persona que vaya colocando la hierba y, al mismo tiempo, la apisone o calque para que se pueda transportar mayor cantidad. Alguien, con la horca, recoge hierba del montón y la asciende hasta el carro, donde será aparada (v. fig. 11).

Una vez cargado el carro, la hierba es recogida y aprisionada por una soga, así se transportará hasta el bocarón. El descargue puede hacerse de dos maneras: o bien se "regaña" (se inclina) el carro, desde donde se va echando la hierba "a rollos" hasta el suelo, para desde aquí impulsarla por el bocarón al pajar, o bien desde el mismo carro se introduce la hierba a horcadas. Estas dos variedades dependen de la altura del bocarón, si éste es bajo se escogerá la primera modalidad y si está más alto la segunda.

Otra de las faenas campestres que sigue en tiempo y en importancia a la hierba, es la recogida del grano y la trilla. La cosecha de cereal se basa en pequeñas explotaciones muy diseminadas.

El instrumento cortante de la paja es la hoz o "segadera", cuya ventaja respecto al dalle será el aprovechamiento mayo de la paja,

la cual envuelta con la hierba será el alimento básico para las vacas. Si este abastecimiento alimenticio está seguro o el pajar está repleto, el útil empleado será el dalle al que se acoplan unas agarraderas de alambre para que acompañen la caída de las cañas de cereal y, al mismo tiempo, evitará que se colpeen.

La colocación de gavillas tiene sus peculiaridades. Cuando el corte es a segadera se van haciendo montones, equivalentes a cuatro "manadas" o lo que pueda abarcar la mano en cuatro cortes. Alguien debe ir detrás atando con manojos de centeno, quedando así formados los "colmos" o haces. Si la siega es a dalle, el transporte a la era se hará sin atar, las hileras de cereal dejadas por el dalle se amontonan y posteriormente se cargan en el carro.

Los colmos se colocarán en la era "a tresnal", es decir, poniendo un círculo de colmos que irá disminuyendo con la altura para que obtenga figura cónica, de esta manera será fácil librarles del agua y rocío. Para que el grano no se disperse por la era, las espigas darán al centro del círculo. La mayor o menor altitud de los tresnales será índice de la cosecha que pueda obtener cada vecino.

En cuanto al sistema de trilla, se ha dado una variación con el paso de los años. Caro Baroja ha recogido varias formas de desgranar el cereal sin la utilización del trillo, que parece posterior.

- 1) Golpear las gavillas contra el canto de una losa, tabla, tronco, etc., como en tierras alpinas también ocurre.
- 2) Golpear la trilla con palos sencillos.
- 3) Golpear y frotar las gavillas en un recinto.
- 4) Usando mayales (especie de látigos) y golpeando con ellos las gavillas en una era.

Estas variedades son propias del septentrión español, donde la cosecha es escasa y los lugares espaciosos para esta faena no abundaban. En Fuentes Carrionas ha sido propia la primera modalidad de las cuatro anotadas. Su motivación no es otra que la escasez de cereal, y, por tanto, era necesario aprovechar y recoger el grano. De ahí, que primero de "majase" y luego se volviese a trillar para recuperar los granos que no habían salido de sus espigas con la "majadera". Consistía en golpear los colmos contra unos "majones" o troncos semicirculares, con una cama hecha para que discurriese y quedase recogido el grano en su base. Los que realizaban esta función se ponían un protector, especie de mandil fabricado con piel de perro o cabra. Esta era una de las labores más

arduas y llevaban mucho tiempo. La culminación de esta pesada tarea era celebrada con regocijo. “Al último colmo del tresnal, nos enredábamos a colmazos con los de las eras cercanas. Esto era como enhorabuena por haber terminado”.

La cercanía de los vecinos en las eras motivaba una sana y alegre competición en el trabajo; a veces derivaba en una mutua ayuda a quien más se retrasaba.

La “recogida del montón” era muy festejada, es decir, se “echaban los derechos” o se coronaba la finalización de esta faena importante. “En cada casa, queso, pan y vino lo que se quería. ¡Había buen vino en las cubetillas! Se hacía una buena fiesta y de remate se echaban los derechos del montón. Nos juntábamos en una cocina grande los que teníamos eras juntos. Estos se perdió y vino el separatismo” (v. fig. 12).

Este aspecto folklórico y costumbrista, como otros que veremos, muestran la cohesión, vecindad, solidaridad, ayuda mutua para los trabajos que exigen mayor dedicación y esfuerzo. La llegada de elementos innovadores —los majones fueron sustituidos por el trillo— deshizo esa complementariedad en el trabajo, con lo que también desaparece la circunstancia festiva provocada por esa cooperación intervecinal. La decepción y añoranza —de quien nos revela esta costumbre— es patente. Este relativo colectivismo se verá más palpable en otro tipo de trabajos, que exigen necesariamente la colaboración. Nos encontramos con el contrasentido y paradoja siguiente: la llegada de instrumentos modernos con técnicas más avanzadas, ha provocado un indiscutible carácter individualizante en el hacer del campesino de Fuentes Carrionas. Aunque las nuevas modalidades en el trabajo excluyan o no hagan necesarias las ayudas de otros vecinos, sin embargo, la cuestación de esos nuevos útiles podría haber acarreado cierta fusión intervecinal, cosa que está lejos de ocurrir.

Prosigamos con esta descripción etnográfica sobre el modo y aspectos que rodean a esta cosecha de cereal.

En la era se erigía una cueva. Había ya una armadura prefabricada de palos con las “esvanaduras” (estrías para el ajuste) ya hechas, esto se recubría con los primeros colmos majados, y así quedaba construida la cueva, donde se refugiaban para descansar y evitar el sol. En la zona sombreada por la cueva se hacía un hoyo para sepultar el vino: “se llevabab el vino en barrilas y refrescaba

más". Durante la noche, quedaba alguno pernoctando en la cueva para cuidar y vigilar el montón, aún no recogido. Esta vigilancia nocturna está explicada por los numerosos animales que quedan sueltos en las noches de verano y, además, las eras corrían el peligro de ser devastadas cuando el ganado se dirigía a la vecería al amanecer.

Como ya dijimos, en épocas posteriores el trillo ha coexistido con el majón. En primer lugar se majaba y después se procedía a la trilla. De esta manera, se aprovechaba mejor el grano, pues después de la trilla se volvía a recoger el grano que no se había desprendido, a pesar de los golpes contra los majones. Estas dos formas de trabajo traía algunos enfrentamientos familiares. Había quienes quería acabar primero la faena y prefería sólo la trilla, pero quienes no querían desperdiciar un solo grano se inclinaba por majar primero y trillar después. Con los años "la majadera" fue perdiendo preferencias, hasta que se abandonó totalmente.

Resulta curiosa la manera de "echar trilla". Se deshacen los colmos en la era y se sacuden las cañas, quebrándoselas junto a las espigas para que éstas queden en la parte cimera. Como la mies queda alta, se meten las vacas para que lo apisonen y pueda meterse el trillo con más facilidad. Señalemos de paso que en algunas zonas del norte, además del procedimiento —señalado para Fuentes Carrionas— existía el de dejar correr una manada de vacas sobre la parva, sistema que practicaban muchos de los antiguos pobladores del centro y norte de Europa y que a principios del siglo XIX es muy posible que fuese un sistema muy usado en el norte palentino. He observado, cómo algunos vecinos mantienen bastante tiempo a los animales pisoteando el cereal, para que él desgrane no sea problema durante la trilla.

"Algunos trillos se hicieron aquí, y otros les traían de Segovia, y venían ya empedrados". Hasta aquí ha llegado la fama de los trilleros de la utilización del sílex para ayudar al hombre en sus habituales trabajos. El trillo coincide, pues, con el tipo castellano, es decir, el tablón o tabloncillos ensamblados con trozos de pedernal muy duro y cortante que se arrastra sobre la mies, y están encajados en la parte inferior. La diferencia más clara entre el trillo confeccionado en la montaña y el típicamente castellano está en la elección de madera, mientras que en la montaña son de una sola pieza, los

importados de la meseta estaban compuestos de varios tablonos. En esta diversidad entra de lleno el factor ecológico.

Además, es posible que el tamaño de ltrillo varíe con respecto a las regiones interiores de Castilla. También es diverso el tipo de bestia usada para la tracción, mientras que en la montaña es la vaca, en las zonas mesetarias son las caballerías.

En la parte anterior hay clavada una argolla de hierro para amarrar la cadena o "cambón" (madero de haya), el cual queda unido al yugo con una "llavija" o "clavija". Alguien debe ir sentado en el trillo para conducir a la pareja de vacas. Con numerosas vueltas y pasándolo sobre la parva extendida en la era, acabará por desmenuzar la paja. Si se considera que necesita más peso, se colocan encima piedras (v. fig. 13).

A medida que el trillo va pasando por encima de la paja, los que trabajan en la era dan vueltas y remueven la parva con horcas de madera, para ayudar en el desgrane. Cuando la paja está suficientemente recortada y desmenuzada se retira el trillo. Se separa la paja de la superficie para evitar el trabajo de aventar todo el montón. Después se amontona juntos la paja más menuda y el grano. El útil para esta tarea es el "baleo", contruidos con ramas de abedul y avellano. Se pasa posteriormente al "beldado" o aventado. Esta labor durará hasta que quede el grano casi limpio. Aún es necesaria una labor más, para dejar totalmente limpio el grano: el cribado. Con un "escrifo" —cesta fabricada de paja y cosida con mimbres— se recoge el grano para echarlo sobre la criba. Después con el "cuarto" o "medio cuarto" (medidas de cereal) se recoge para echar el grano a los costales y, al mismo tiempo, se calcula la cantidad cosechada, que será guardada en la panera (cámara cuyas paredes están forradas de tablas superpuestas que protegen al grano contra los ratones.

Para transportar la paja trillada y otros efectos, se sustituye la antigua armadura por unos altos varales entretegidos con trenzados de sogas. En esta labor de cargue y descargue de la paja triturada, se usa un útil peculiar: el "gario" especie de bielgo grande. El tipo de medidas para áridos coinciden con Castilla mesetaria en sus características generales, pero se difiere en la estipulación de cabidas. Celemín, fanega y carga son las medidas coincidentes. Las propias de la montaña son el "cuarto" y "medio cuarto" que tienen también su correspondiente en celemines. Debemos concluir, que

en todas estas operaciones y en los aperos que son utilizados se pueden observar variantes con respecto a las regiones limítrofes. Las faenas campestres, descritas hasta ahora, entran dentro de un ciclo vital, en el que participan hombres y animales determinados.

Completaremos este apartado con una referencia a los dos instrumentos agrícolas más imprescindibles: el carro y el arado.

La descripción y el desarrollo de tipo de carros ha sido un tema que ha apasionado a los etnólogos. Mis investigaciones en el noroeste palentino dan como resultado la existencia diacrónica de dos tipos de carro, cuyo mayor diferencia radica en la forma y construcción de las rueñas (v. fig. 14). El más antiguo, utilizado aproximadamente hasta el primer cuarto de siglo, es el denominado carro "de ruedas blancas" o ruedas macizas. Este tipo coincide con el resto de área septentrional, donde es común el carro chillón o chirrión. Su construcción dependía de los conocimientos artesanales de los montañeses de Fuentes Carrionas. "Se pedía al alcalde el poder cortar un pértigo, que se le labraba; no debía tener nudos. Para el eje siempre se buscaba un haya". También acudían de la comarca vecina, La Liébana, con varios pares de ruedas para venderlas por las diversas aldeas del norte palentino. "Los que no eran aparentes para hacer las ruedas, que era lo más difícil, las compraban a los lebaniegos". Las "ruedas blancas" eran transportadas en varios ejes, ya que las angosturas de las veredas, que atraviesan las montañas, no permitían comodidades para este peculiar transporte de ruedas. El roce de los "barzones" (anillos de hierro, madera o cuero para ajustar la rueda al eje) producía agudos chillidos o chirridos que podían ser oídos desde muy lejos. Eran un verdadero reclamo que manifestaba la presencia de los vendedores de ruedas.

La escasez monetaria daba lugar a que en las compraventas de ruedas interviniese el intercambio de productos o trueque. Los productos ya estaban estipulados: se intercambiaban ruedas por una cantidad de centeno a convenir, generalmente el coste de estas ruedas suponían varias fanegas.

Cuando las ruedas se hacían inservibles, todavía se les daba una utilidad: sus maderas buenas se destinaban para el armazón de andamios. Los momposteros eran los más interesados en la adquisición de sus piezas.

La rueda está compuesta por la llanta, que protege las "cambas". Esta palabra toma su etimología del celtolatino, es usada tam-

bién en Asturias y Santander; se refiere a las piezas curvas de que consta la rueda del carro. Un grueso madero bien labrado, llamado "meúl" (miul o ñul en otras zonas septentrionales), cruza horizontalmente la rueda. Es la pieza donde se engrana el eje; para ello, el "meúl" está acompañado de piezas de roble muy bien construidas para que refuercen la fusión del meúl y el eje. Y finalmente hay dos tabloncillos transversales que se cruzan con el meúl y cuya función será reforzar todo el cuerpo de la rueda. Se les denomina "segunderas", su posición está bajo el meúl y; además, una varias cambas, lo cual es necesario para mantener la forma redonda de la rueda (v. fig. 14).

Con los años, dieron en propagarse las "ruedas de cubo" o de radios. "Los más hacendados compraron ruedas nuevas, pero los menos pudientes seguíamos con las ruedas blancas o viejas". Poco a poco todos fueron dejando a un lado esas ruedas toscas y de poca duración. A ojos del campesino la fragilidad fue sustituida por la resistencia y seguridad; una imagen, que corrobora lo anterior, la he hallado en la descripción que me han hecho sobre el montaje de la "cevíca" o el aro de hierro que rodea la rueda. "Con tenazas acoplan el forro de hierro candente, después se echa agua, y queda como cosido el hierro a la madera". Esta labor de fundición determina una necesaria importación de las nuevas ruedas. En Guardo y Veilla se montan pequeños talleres en atención a estas nuevas piezas. La estructura del armazón o cama del carro es triangular en cuanto a la posición de los elementos que lo componen: los tabloncillos laterales están ligeramente curvados, uniéndose en el punto donde comienza la "vara" (v. fig. 14).

El carro tiene multitud de implicaciones en las faenas agrícolas y es el medio indispensable para cualquier tipo de transportes: hierba, heno, helecho, leña, abono, piedra, tejas... Bien eliminando alguna de sus partes o bien añadiendo armaduras, el carro podrá acoplarse para cualquier función de transporte.

Junto al carro hay un útil indispensable: el yugo. Los autores sobre estos temas anotan dos tipos de yugo: el cornal y el yugular. El utilizado en Fuentes Carrionas tiene su punto de amarre en la cornamenta del animal. La fabricación de los yugos la llevan a cabo los propios campesinos montañeses. Como todas las maderas que necesiten, resistencia y duración, se cortaban en cuarto menguante para que no se acorajasen".

Con el yugo van otros útiles destinados para el amarre con la cornamenta y con el carro. En el extremo, junto a la curvatura donde se asienta el yugo sobre la testa del animal, están las "cornales" o correas de cuero empalmadas que unen el yugo y los cuerpos. Hay un dicho en la zona que hace referencia a esta correa: "roer las cornales" que connota una falta de palabra o cumplimiento de lo prometido o acordado. Cubriendo todos estos amarres están las "melenas". "Son de piel de cabra u oveja sobre lo que se asienta en yugo, y las cubiertas son de piel de perro, algunas veces de tejones. La piel de tejón bien tendida con unos clavos para que no se encoja, suele ser bastante suave para curtir". En el centro del yugo está el sobeo o correa más fuerte que las cornales, servirá para anudar el yugo con el "cabezón" del carro (v. fig. 7).

El otro apero de más uso e importancia es, sin duda, el "arao romano" (v. fig. 15). Fritz Krüger en su obra 'El léxico rural del Noroeste Ibérico' afirma que el arado romano tiene en el Noroeste de la Península una asombrosa vitalidad. Se le encuentran antecedentes ya en el Neolítico: es el llamado radial sin las orejeras al lado de la reja, cuyo fin es dilatar el surco y voltear la tierra. Es fácil que este tipo se deba a influencias célticas, aunque esta estructura arcaica del arado no ha hecho impacto en la zona septentrional que nos ocupa.

En cuanto al "arao romano" no existe similitud absoluta en nuestros pueblos de Fuentes Carrionas respecto a los nombres de los elementos que constituyen el arado. No obstante, en la fig. 15 puede verse la conformación más usual con las denominaciones correspondientes que nos eximen de una detallada descripción.

Poco a poco se han ido introduciendo otros tipos con la estructura de hierro, sus varias formas permitían utilizar un tipo u otro según el tipo de funciones: roturación, siembra, recolección... La nomenclatura es también diversa: vertedera, "mariposa", "oliver"...

Los elementos de la cultura material y las formas de vida pastoril ya descritos nos dan la plataforma para continuar con los aspectos de la vida social y espiritual de estas gentes.

* * *

3. Regulación de la propiedad vecinal y cooperación en el trabajo

Los vecinos poseen montes, valles y algunas praderas en régimen de comunidad. Son aprovechados por todos los que tienen casa abierta en el pueblo, es decir, por los vecinos. El uso y aprovechamiento es colectivo, todo pertenece a todos. Si volvemos la vista a la época prerromana, veremos que varios autores clásicos nos dicen que mientras en todo el norte se practicaba una agricultura y usufructo de la tierra de tipo casero y familiar, en el que la mujer tomó un papel predominante; los vacceos, sin embargo, eran colectivistas. De este colectivismo pueden haber quedado posibles vestigios en el sur de la provincia que nos ocupa. La comunidad vecinal en Fuentes Carrionas y en todo el norte palentino irá adquiriendo preponderancia y dominio a partir de la Edad Media.

Estas formas de explotación o aprovechamiento de tierras comunales se refieren tan sólo a los productos que no suponen cultivo, como la leña, pastor, hoja de roble, gamones, helechos... Esta forma de propiedad exige una regulación en común, para ello encontramos una institución muy propia de las regiones norteñas: *en consejo*.

El concejo rural nace espontáneamente como exigencia natural de la organización de su vida social y económica. El concejo rural nace para mantener y ordenar en común la utilización de todos los bienes que se consideran como del pueblo y para reglamentar comunalmente la misma economía y la explotación agraria y pecuaria. Entonces, como ahora, el objeto primordial, la razón de ser del concejo rural, consistía en la reglamentación de su propia y peculiar economía, en el ordenamiento de los bienes de propiedad privada o colectiva como montes, praderas y dehesas, cuya posesión y aprovechamiento pertenecían a la comunidad: al concejo pertenecía el apacentar en las tierras y prados propios de sus vecinos cabañas, rebaños y "vecerías"; la ordenación de su custodia, el una vez levantadas las cosechas; la agrupación de sus ganados en nombramiento de sus guardas y el cobro de multas y prevendas, así como la participación del pueblo en la vida religiosa y en los gastos parroquiales, e intervenir en la ratificación y solemnidad de los contratos, donaciones, testamentos y en general en la representación toda de su vida económica y social.

El concejo rural es esencialmente democrático, ya que forman parte de él todos los vecinos y el gobierno de la comunidad se ejerce congregando el concejo o asamblea general de vecinos el domingo a campana tañida para tratar y resolver los asuntos de interés general.

Estas poblaciones rurales han tenido aseguradas por su misma condición de vida una extensa zona de facultades y atribuciones dentro de las cuales podían desenvolverse (22).

En esta amplia cita se recogen las razones y las facultades decisivas que tenía esta organización vecinal. En las líneas siguientes vamos a concretar el funcionamiento del concejo en Fuentes Carrionas. Está formado por el conjunto vecinal que interrogaba, discutía, interponía las decisiones tomadas por el Ayuntamiento. Téngase en cuenta que cuando describo el desenvolvimiento del concejo, ya existen otro tipo de organizaciones impuestas como ayuntamientos, algunas hermandades ganaderas...

Dos concejos había a lo largo del año con carácter extraordinario. Se hacía uno por el Angel, en el que se leían las cuentas, débitos, cobranzas. El Ayuntamiento exponía las razones de las gestiones que habían sido llevada a cabo. Normalmente no se producían enfrentamientos entre Ayuntamiento y vecindario, pues éste era enterado de los proyectos, los cuales necesitaban su aprobación para salir adelante. "Quien tuviera que decir algo, pedía la palabra; así se aclaraba la cuenta del Angel o cuenta de la Villa".

El otro concejo de relevancia se celebraba el último día del año —el concejo de San Silvestre—. Se leía el "memorial de Procurador", después se daba un amplio repaso a las diversas faltas vecinales. Las multas eran de diverso tipo y grado: por no asistir a las "huebras" o a los trabajos vecinales, para esto ya había una cantidad establecida; por corte de árboles sin permiso o consentimiento del Ayuntamiento, para este tipo de faltas se tenía en cuenta la calidad y cantidad de madera para imponer la respectiva multa u otro tipo de sanción. También se podía subastar alguna cosa sobrante de propiedad comunal. Al final se daba lectura de un memorial con todos los gastos y fondos existentes. El Ayuntamiento felicitaba las Pascual a todo el vecindario, rematando la unión con una

(22) Cfr. DIEZ CANSECO; *Notas para el estudio del fuero de León*, "Anuario de Historia del Derecho", Madrid, 1924, t. I, pp. 342-348.



cena de todos los asistentes a esta junta vecinal o concejo. "Llevábamos chorizo y queso, unos con otros nos juntábamos a comer en compañía. El Ayuntamiento y criaos comían entre ellos. Se nombraban otros dos criaos, que avisaban a huebra y a concejo, también nombrábamos un alguacil que era para cosas de juzgao". Aunque observamos que quien tiene poder decisivo y real es el propia Ayuntamiento, éste se ve recortado en sus poderes por el concejo con el que se debe contar hasta en los más pequeños detalles. Si hacemos una comparación con las primeras épocas del concejo, observamos que ha podido decaer un tanto su protagonismo, pero no ha cedido su eficacia y control vecinal.

Durante el año abundaban los concejos ordinarios para resolver problemas circunstanciales. Así, la compra, mantenimiento y venta del toro comunal traía consigo concejos polémicos. "Si había que comprar algún toro se contaba con el pueblo. En el concejo se designaba a los paisanos más entendidos para que asistiesen a la feria con ese fin".

Tenemos, pues, una clara participación de toda la comunidad vecinal que es la verdadera protagonista y quien tiene fuerza para resolver y arreglar problemas de interés colectivo.

Entre las obligaciones comunales que caracterizan la regulación de trabajos vecinales encontramos "la huebra" (hacendera). Pero debemos aclarar que hay una pequeña diferencia entre "huebra" y hacendera. A la huebra deben acudir todos los vecinos, cada casa debe estar representada por una persona. A toque de campana, se van acercando a la plaza, donde se contabilizarán los vecinos presentes, quienes no tengan causa justificada se les sancionará. Uno de los vecinos, llamado "prohombre", es quien dirige los trabajos y señala los instrumentos que debe traer cada uno. La huebra está muy en consonancia con los ciclos agrícolas: antes de que comiencen las temporadas de recogida de hierba, paja, leña..., será necesaria la reparación de caminos, para que los carros puedan llegar sin percances hasta los más lejanos términos vecinales.

A la hacendera solamente acuden los que sean necesarios para una determinada labor, quienes asistan quedarán exentos para la próxima hacendera. "El Ayuntamiento avisaba a las huebras. Los que entendían de madera se encargaban del puente; unos labraban, otros ponían ripio o tablas desiguales sin pulir... y los otros de la huebra arreglaban caminos..., se reparaban también las presas pa-

ra el riego... En los puentes se ponían unos “pegolleros” (pilares de madera) en las madres (vigas principales) y unos “verdugos” (pieza de madera que refuerza la consistencia de los pegolleros en el suelo), sobre aquello se clavaban las barandillas”. Estos trabajos vecinales solían estar recompensados. “Al terminar la huebra traían una lata de escabeche, pan y vino todo por cuenta del Ayuntamiento”.

El control de la comunidad vecinal, sobre los recursos del monte a los que todos tienen derecho, se evidencia en el reparto de la leña. Acabadas las principales faenas del campo, se escogen unos días determinados de huebra para hacer la totalidad de la leña. Se van apilando montones de leña o “basnas, que harán aproximadamente la cabida de un carro. Las basnas se enganchan con cadenas y son arrastradas por las vacas a través de un “trichorio” (espacio libre de árboles y con camino señalado por las rozadas anteriores) hasta el camino más próximo. Otro modo de arrastre es el empleo de una narria, aquí denominada “corza”, ya que su forma tiene un parecido con las cuernas pequeñas, verrugosas y ahorquilladas de los corzos que habitan los montes de Fuentes Carrionas. Su estructura es de una sola pieza, saliendo de un grueso madero dos bifurcaciones, los dos extremos están curvados para permitir un deslizamiento de igual manera que el trineo. La “corza” también es usada para el transporte de piedras, carrales...

Con la leña se hacía un número de “suertes” o montones que coincidiera con el número de vecinos. La designación de un montón a cada vecino se hacía por sorteo, para evitar que cada uno eligiera la mejor leña y el lugar más idóneo para su carga. El modo de sorteo es bastante singular: Con un “oncejo” (machete con corte y mango de hierro) se quitaba la corteza en el tronco mejor de la “basna” y allí se escribía un número que fuera perfectamente visible. Cada vecino sacaba su número y así se enteraba de su montón de leña correspondiente. Hasta que no se terminaba el sorteo, no se iba a buscar el número, para que nadie cambiara la “suerte”. Esta leña que se hacía en huebra se llamaba “leña de adra”. Durante el año había libertad para coger leña, si se necesitase, pero debían ser los restos o leña caída y en los lugares que fueran señalados por el Ayuntamiento.

Respecto a las propiedades vecinales, hay algunas variedades en las recolecciones de ciertos frutos para animales. Estos productos a los que todo el pueblo tiene derecho no necesitan cuidado ni

atenciones para su desarrollo. Aunque también haremos notar cierta regulación, que evitase el abuso y la explotación exagerada.

Este es el caso de los gamones, planta de hojas erguidas, largas, en forma de espada y utilizadas para la alimentación de los cerdos. Los gamones se tendían en el pajar para secarse, después se cocían en calderas y se mezclaban con harina. Sólo podían recolectarse un día señalado, generalmente a primeros de julio. El alguacil comunicaba así el mandato del Ayuntamiento: "Se da un carro de gamones, leña o ramones desde Valdeloso hasta el Arroyo el Buitre".

Para que no se abusase en la carga del carro, obligaban a hacer el transporte por la ruta que más entorpecía y dificultaba o por los caminos que no contenían esos productos campestres, todo esto impedía los carros excesivamente llenos. Este es el método de regulación en el aprovechamiento de frutos a los que todo el pueblo tiene derecho a recolectar, pero no de manera espontánea e indiscriminada.

Las formas de organización comunitaria, hasta ahora descritas, subrayan la interdependencia de los vecinos para afrontar problemas comunes, la necesidad de tomar algunas resoluciones y afrontarlas con trabajos realizados por todo el grupo vecinal y, para todo ello, se mantendrá una fuerte organización local para conseguir eficaces resultados; procurando, al mismo tiempo, un igualitario reparto y una participación colectiva en todos los bienes comunales.

Además de estos esquemas comunitarios ya establecidos e impuestos, se dan otro tipo de trabajos entre familias y vecinos determinados que responden a conveniencias prácticas en algunos de los trabajos agrícolas. La reciprocidad en actividades agrícolas es norma dominante cuando los quehaceres aprietan, las dificultades de los trabajos exigen más manos y, sobre todo, cuando son necesarias varias parejas de vacas. En estas faenas de ayudas mutuas no entra en juego el dinero, sino que se devuelve lo equivalente a lo aportado por el otro.

La preparación de la tierra y la sementera han generado este tipo de ayudas. Es difícil comprender esto, si no retrocedemos al entorno físico de Fuentes Carrionas. "Cuando se sembraban las tierras de los altos, nos juntábamos y nos ayudábamos mutuamente en los días de sementera; como una labranza (pareja de vacas) sola no podía subir el abono, se subía con las dos labranzas (una era de un vecino o familiar) encuartándolas, para ello, se ponía un en-

cuartadero o palo como el ventril del arao que unía los dos yugos". Cuando se terminaba la faena se "honraba la sementera" entre los que habían colaborado en este trabajo.

Al finalizar, pues, cada tarea se "echan los derechos" que consiste en "hacer un poco de extraordinario, una merienda especial en casa del vecino" que ha sido favorecido por el trabajo colectivo en ese mismo día. Esta contribución de esfuerzos comunitarios también quedó remarcada en la labor de majar.

En los meses invernales, inactivos para la práctica de la agricultura y la ganadería, también se formaban grupos para actividades que así lo exigen. Cuando el Ayuntamiento vendía en pública subasta los usos vecinales, algunos se juntaban tradicionalmente a cortar y labrar robles, sobre todo. "No había tronzadores, todo a hacho. Las maderas que cortábamos valían para hacer las tablas curvadas del "deshojao" del carro y las demás se vendían a quienes querían poner suelo de habitaciones u otras faenas. *Se juntaban los que se conocían BIEN, su voluntad y su modo de trabajar*". Estas palabras recogidas de un informante nos dan la clave para aclarar que los grupos no se formaban al azar, sino que se agrupaban de acuerdo con sus aficiones y cualidades, interviniendo de sobremañera el aprendizaje que los padres inculcaban a sus hijos (v. fig. 16).

Este laboreo con la madera tenía lugar en los peculiares serraderos, esparcidos por varios rincones con ciertas características. Se clavaban cuatro troncos en un terreno alto y en la parte baja hay un hoyo para entrar a serrar. "Desde la parte alta hasta unas horquetas (donde se apoyaban los palos de la estructura del serradero) había unas guindaletas (cuerdas de cáñamo) sobre las que se ponía el madero, así cuando se hacía el corte con el serrón, tanto el que se colocaba arriba como el de abajo se daban cuenta si la tronadura iba recta. Pues la cuerda estaba mojada en barruque y marcaba la línea recta sobre las tablas que fueran ser cortadas".

Otra variedad de estas colaboraciones vecinales e interdependencias comunitarias la encontramos en el uso y aprovechamiento de horneras. La propiedad de las mismas es particular, pero tienen acceso a ella un grupo determinado de vecinos, establecido generalmente por una proximidad de las viviendas. Sólo hemos hallado una hornera que fuera propiedad de toda la comunidad. "Cada uno amasaba en la su hornera, si la tenía, o en otra de algún vecino. ¿Me dejas amasar en la tú hornera? Solían hacer pan en la misma

hornera los de costumbre, es decir, quienes hacían la picatuesta (matanza) y las migas juntos. Se dejaban una tortuca para el amo de la hornera". Advertimos como hay grupos de vecinos unidos por lazos tradicionales, que sin ser familia, celebran juntos algunos acontecimientos (v. fig. 17).

En esta serie de cooperaciones y ayudas mutuas debemos mencionar los "hiladeros" o hilanderos de los que hablaremos más adelante en un contexto más folklórico y festivo.

Continuando sobre estas mismas ideas de solidaridad vecinal, he observado que entre los grupos de vecinos de un mismo pueblo se dan constantes intercambios; generalmente suelen ser productos que escasean o que resultan difíciles de conseguir para algunos, así se intercambian miel, peras, truchas (para quien no puede pescarlas), morcilla y carne cuando alguien ha matado alguna res... Su desenvolvimiento está dentro de una red social determinada, por lo común se lleva a cabo dicha operación obedeciendo a diversas afinidades: entre vecinos cercanos, parientes, amistades... El producto a dar está casi siempre determinado por la carencia del que lo recibe. Estas interrelaciones son un verdadero trueque, jamás entra en juego el dinero. Es nulo el comercio interior cuando los productos son de propia cosecha o se deben a la habilidad de uno de los miembros de la familia. Si alguno de los vecinos está enfermo o incapacitado por su vejez, recibirá con toda seguridad las primeras truchas que consiga un pescador que esté dentro de un determinado círculo de intercambios con otros vecinos.

Por todo lo dicho, ya puede entenderse la conveniencia de una solidaridad local. De esta manera, todo miembro del pueblo siente y vive la vecindad local como primaria y fundamental. Nótese que estas aseveraciones antropológicas están extraídas de una época o período más o menos lejano y en el que los pueblos formaban núcleos cerrados. Diversiones, trabajos, sentimientos, valores, creencias..., quedaban reducidos a los límites del vecindario. No quiero que se concluya con una desmitologización de todos esos valores en la actualidad, pero sí cierta relativización, motivada por la transformación de innumerables factores sociales y económicos.

Habrá que reconocer también que la excesiva afirmación del propio grupo, muy común en antaño, traía consigo dificultades en las relaciones con otros grupos rurales cercanos y, que hoy, se han visto superadas.

Frente a otros pueblos de la misma comarca se mantenía un tácito enfrentamiento. A los de otros grupos vecinales se les impondrá apelativos un tanto despreciativos que han pasado de boca en boca a través de generaciones. Entre otros mote a los vecinos de los pueblos en Fuentes Carrionas, extraemos: “chamorros” (cabezones o tozudos), “brujos”, “raposos”, “chamuscones”, “corbatos”... Los contactos entre las distintas juventudes y mocedades daban origen a frecuentes conflictos. “El tío Josepón rompió el tambor a los mozos de Cardaño cuando vinieron a nuestro monte a coger el mayo. Se les había advertido que no lo tocasen cuando pasasen por el pueblo y no hicieron caso”. Es una ofensa hacer alarde en un pueblo extraño, “nos importaba mucho que ningún mozo llamase la atención de las mozas del propio pueblo”.

Otra de las costumbres que corroboran lo dicho es la lucha entre los toros comunales de diversos pueblos. En una de las eras más amplias se les dejaba que peleasen competitivamente, para saber cuál de los toros era el más fuerte y cuál de los pueblos podía presumir con razón de su toro. Los dos vecindarios animaban al animal que les representaba. La victoria del toro propio era motivo de satisfacción y justificada euforia. Si perdía ya podían ir pensando los encargados en la próxima feria.

Este singular dato etnológico sobre esta costumbre taurina tiene, sin lugar a dudas, orígenes ancestrales. Este rito taurino nos lleva a hacer una consideración genérica: la conducta organizada del hombre ante el animal, y en este caso, el toro. Para el hombre prehistóricos, “lo sagrado” lo constituía el totem, antepasado mítico del grupo, que lo mismo podía ser un animal, que un vegetal, que un objeto de la naturaleza, que una tormenta, etc. Del totem, el grupo o clan se creía directamente y consanguíneamente descendiente. De aquí que personas de un mismo poblado, al ser hermanos por ser descendientes de un mismo padre común, no podían casarse en su entorno familiar sin infringir en tabú. Pues bien, muchos pueblos primitivos pudieron tener como totems a distintos animales, entre ellos el toro. Tanto ese rito de lucha entre toros de ambos pueblos como lo que hemos dicho del cuidado del toro de origen cántabro, me inclinan a pensar que los primitivos pobladores de Fuentes Carrionas debían considerarse descendientes del mencionado animal. Por ello no es muy aventurado suponer que si se hallasen cavernas —lugares propicios los hay en torno a Espigüete— con re-

presentaciones, encontraríamos no sólo animales propicios de la caza, sino también el toro como el totem del grupo.

Este análisis histórico nos ayuda a captar mejor ese fenómeno de enfrentamiento de grupos, poniendo al propio toro en lid. En resumen, vemos que son ensalzados los intereses del propio grupo, que servirán a modo de norma para la regulación del propio comportamiento vecinal.

• • •

4. Caza, pesca y oficios más representativos

Las labores mencionadas hasta ahora (agricultura y ganadería) comprenden los ingresos más sustanciales para la supervivencia y abastecimiento de necesidades para las gentes de Fuentes Carrionas. Pero no se puede olvidar a los que escaseaban en posesión de tierras y ganado, o a los que buscaban suplementos económicos a través de otras actividades acomodadas al entorno ecológico.

En una tradición perniana del siglo XI, unos romances, recogidos por Barrio y Mier, recuentan el tipo de animales de caza que habitan y se adaptan a la altitud de las montañas palentinas.

*Con las fieras en sus montes
en el tiempo de paz lidaba
sin miedo a los "jabalines"
a los osos, ni a las garras,*

*Cazando además tasugos,
lobos, raposos talmadas,
gatos monteses, mustelas,
garduñas, turones, martas.*

*Con los corzos y rebecos
y ciervos de grandes astas
liebres, esquillos y erizos,
y nutrias de anfibia raza.*

*Perdices y codornices
palomas irisiadas,
faisanes, aves de presa,
y otras varias alimañas.*

El romance no olvida en sus versos describir el marco geográfico donde el señor feudal realiza su caza. Traemos a colación los lugares relacionados con Fuentes Carrionas.

*Y además Val-de-Cebollas,
que los geodestas enlazan
con el Pico de Espigüete.
y con la Peña de Amaya.*

*Vieron alzarse las nubes
del pozo de Curavacas,
vieron asomar la niebla
de allende de Peña Labra.*

El animal que más satisfacción ha dado por su captura es la garduña, apreciada por su piel; cuyo precio en sus buenos tiempos era tres veces más que lo que daban por un jato. Son variados los métodos usados para su caza. Por primavera, cuando había poca nieve, veíamos dónde hacía la deposición las abejas y se sabía que en aquel árbol había enjambre. A la garduña le gustaba la miel y subía a los robles para conseguirla, allí mismo poníamos los cepos". Era necesaria la nieve para que se pudiera seguir su rastro. Si se hallaba el lugar de un escondite también se colocaba el cepe, llamado "garduñero" y fabricado por los propios cazadores. "El garduñero eran cuatro tablas clavadas y al extremo unas barras clavadas en la maner para que pudiera salir la garduña de su agujero, y al otro extremo una portezuela que sube y baja. La tapa quedaba levantada, rodeada de brezos que al ser movidos hacían caer la portezuela". Así se aprisionaba la garduña, en esta especie de jaula, evitándose otros medios que estropearan la piel.

De más rico costumbrismo es la captura y muerte del animal considerado dañino por antonomasia: el lobo. Su muerte era reflejada y premiada en todos los pueblos de la comarca. "Dos grupos de cazadores, pertenecientes a diversos pueblos, habían matado

un año dos lobas. VXinieron aquí con ellas e hizon una borrhumbada como celebrando la matanza de lobas. Generalmente se les daba un torresno, una morcilla"... Para exigir esta merecida recompensa, debían traer el pellejo y la cabeza de los animales exterminados. "Los cazadores explicaban por cada casa la forma en que habían pillado el animal dañino". "Una vez, recorrimos pueblos de provincia de León y regresamos cuando olía el pellejo".

Si se sabía que habían llegado durante la noche a un lugar determinado se les ponía estricnina u otros venenos. "Se a envuelve la carne en este veneno (aprovechando los días más crudos en los que no puede salir el ganado), y se colocaba en las proximidades de los pueblos. Y para que los lobos acudieran allí, se arrastraban las parias de la vaca por la nieve y venían atraídos por su olor. Algunas veces, antes que el lobo, llegaba el raposo".

"Cuando había nieve se podía adivinar la pista del raposo. Poniendo un poco de carne amarrada a un palo clavado y aquí se acercaban por la noche. Desde una ventanuca de la parte trasera de la casa se disparaba al raposo o lobo". "A los jabalines se les colgaba en el castaño u olma de la plaza para que les viera el público...". Destrozan los praos, hozan y levantan las "mureras" (hozaduras de topo).

Más dificultad presentaba la caza del corzo y rebeco. Estos animales eran muy abundantes en el siglo anterior. El historiador y geógrafo Pascual Madaz habla así de estos animales, refiriéndose a Camporredondo: "Hay pesca de trucha de buena calidad, y entre las peñas se cría una especie de animales llamados rebecos, muy parecidos a las cãbras".

La caza ha quedado ligeramente descrita de dos maneras: según el arma, trampa, reclamo empleados, o según el animal que se pretende cazar teniendo en cuenta la época del año. Las clases de trampas son variadas, empleándose tipos distintos para cada animal. Los retuelles y butrones —que más adelante veremos con referencia a la trucha— atrapan al animal sin que éste caiga herido, pero no pudiendo salir. Las trampas para tejones hieren al animal, a menudo llevan cebo, obligando al animal a desencadenar el propio mecanismo. Del mismo estilo son las rudimentarias trampas para los ratones, que constan de una lancha y tres palitos aguzados, cuando el animal toca el cebo —colocado al final del mecanismo—

la lancha perderá el equilibrio y caerá, aplastando al animal. Esta trampa es muy usada en colmenares. Son conocidas también las trampas con liga, extraída de la corteza de los acebos, para atrapar a pájaros. Los reclamos y camuflajes de trampas ya han sido tratados en las descripciones pormenorizadas de los propios cazadores de antaño.

La pesca de la trucha ha sido para varios vecinos el principal ingreso. En los datos ofrecidos por el Ayuntamiento de Camporredondo a diccionarios estadísticos en el año 1959, tenemos la siguiente distribución de oficios. "Por profesiones se distribuye en 64 labradores y ganaderos, 10 pescadores, 4 comerciantes, 4 industriales, 6 funcionarios... Se han capturado en el presente año 2.000 ñilogramos de trucha".

No cabe la menor duda que la pesca en agua dulce ha sido uno de tantos trabajos con fines claramente remuneradores. No se entendía como deporte o entretenimiento. La trucha significó una verdadera fuente de riqueza para toda la zona de Fuentes Carrionas. Cuando describimos el proyecto de enlace entre el mar cantábrico y el Carrión, ya se insinuaba que uno de los productos comerciables sería la trucha.

La pretensión de nuestro libro debe recoger los usos, costumbres y maneras de su captura.

Uno de los modos tiene, sin duda, raigambre prehistórica. Consiste en el uso de una planta venenosa llamada "guardalobos". Sus hojas y flores se machacaban, y todo ello se introducía en una redcilla o especie de calcetín amarrado a un palo. Su acción era infalible: las truchas salían a la superficie atontonadas. Para ello, se escogían lugares en que el agua formaba balsa o los remansos del río, ya que la corriente destruye el efectos del guardalobos. Se da un gran parecido con una modalidad de los poblados amazónicos, donde introducen en un cesto el veneno denominado basbasco. Antes de que llegase un control estatal de esta especie de fauna fluvial, ya los propios vecindarios prohibieron esta práctica por considerarla obstáculo para la recría. Ya aludíamos antes al uso del retuelle, el cual se usa cuando el agua llega enlodada. El butrón es otro de los aparejos habituales entre los pescadores de antaño. "Tenía tres aros, el delanteros es mayor. Se hacía un parapeto desde la orilla para que el agua hiciera hilo, esto era una llamada a las truchas. En medio del parapeto había un portillo y allí se po-

nfa el aro delantero estancao, atrás quedaba el resto de la red en forma de cola y se pisaba la terminación con una piedra para que la red quedase extendida". Aunque estos procedimientos puedan considerarse ilícitos en la actualidad, no había nada de furtivo antiguamente cuando se repartían el río entre los vecinos pescadores.

"El río se distribuía en trozos entre los distintos pescadores. Una vez que se distribuyó, a mí me correspondió con el difunto tío Blas y tío Alejandro, y nos tocó por donde Las Lucías hasta el puente Canales. Los de otros pueblos no podían pescar, pero los del mismo pueblo se miraban los butrones por la noche y miraban también los butrones de los pescadores de otros pueblos..., con las truchas algunos sostenían la casa".

La preparación y conservación de la trucha responden en variedad según la época del año. Puede ser consumida fresca, salada o ahumada. Para la venta exterior se debían conservar y, para ello, se utilizaba unaverdader a cámara frigorífica que consistía en una "nevera" natural: especie de hoyo profundo y forrado con una pared a partir de su superficie. En primavera, cuando se quitaba la nieve de las llanaducas, se avisaba a los vecinos voluntarios y se iba a los lugares sombreados, donde aún quedaban restos de neveros, aquí se cargaban los carros con la nieve helada y se transportaba hasta la "nevera". Con unos mazos o pisones se presionaba la nieve para favorecer su duración hasta los meses más calurosos del estío. Los que comerciaban con truchas, que posiblemente no tuvieron carro ni vacas, pagaban una cena a todos los que habían colaborado en el aprovisionamiento de la nevera. Durante el verano, los pescadores se acercaban a la nevera para recoger porciones de nieve en unos cestos, y, de esta manera, mantenían en buen estado las truchas hasta que se efectuase la venta.

Este fenómeno curioso nos muestra una modalidad más de la interacción de los vecinos y su reciprocidad en el intercambio de trabajo y bienes.

Hay otro modo de conservación al estilo de las bacaladas. "Cuando había muchas truchas se despapillaban, se ensalaban y se colgaban en la cocina con varaes, así se curaban con el humo, como las morcillas".

Además de la caza y pesca, aún hay que reseñar una tercera clase de actividades económicas condicionadas por las necesidades derivadas de la agricultura y ganadería.

En el capítulo de ambientación ecológica, ya vimos las condiciones favorables que presenta el Carrión para las moliendas. En el siglo XVI destacaba esta zona por el número de molinos asentados en el río. En un principio el molino no fue de la comunidad vecinal, pertenecía a un vecino pudiente o a un grupo de vecinos que se unían para tal efecto. Cada vecino pudiente o a un grupo de vecinos que se unían para tal efecto. Cada vecino tenía un tiempo determinado para utilizar el molino. "Yo me acuerdo de ir en tiempo invierno con nieve, a media velada se iba a ver si la harina estaba triturada y según convenía se metía una pinuca para hacerla más fina o gruesa. Ibamos con un borriquillo y un farol". Día y hora estaban convenidos y estipulados entre los vecinos en cuestión.

Más tarde los molinos o molino pasaron a pertenecer a toda la vecindad y existía un molinero encargado. Este cobraba a cambio de su trabajo la "maquila": estipendio o impuesto equivalente a un celemin del cereal que se fuera a moler. Cada uno debía seguir el turno de acuerdo con la fecha que les señalase el molinero. Generalmente estos molinos aún no tenían cedazos para cerner, por lo que salían envueltos la harina y el salvao. Si al molinero se le entregaban un número de talegos con cereal, él devolvía los mismos en "zaquiladas" (esta palabra también usada en la Vega de Pas proviene del árabe "zaqq" cuya significación es "odre") que son las talegas llenas de harina, menos la parte correspondiente al molinero o maquila.

Aunque para muchos pueda resultar extraño y paradójico, no todos los molinos se destinaban a moder el grano. Había otro tipo de molinos, generalmente particulares, con una función específica: apisonar el sayal. En lugar de describirlo, voy a dejar hablar a los protagonistas. "Había molinos exclusivamente para terminar de formar el sayal. Se cortaban en el monte unos espinos de cuya madera se hacían unos mazos, que unidos a la piedra golpeaban el sayal". El molino se situaba en una detención de agua, la cual caía sobre la rueda, ésta estaba provista de unos vasos que se iban llenando con el agua. De esta forma, se obtenía una presión que revolucionaba a la rueda en ritmo muy pausado para permitir mejor la acción de los mazos sobre el sayal.

El proceso entero era el siguiente: el sayal después de hilado y tejido se llevaba a la pisa o molino para que el tejido cogiese cuerpo definitivamente. En un pilón de madera se ponían las telas; la rueda, puesta en movimiento por los vasos, levantaba los mazos que golpeaban las telas contra la madera, y así se formaban los sayales para hacer pantalones, chalecos, tapabocas, costales, mantas de era, cobertores...

Referente al aspecto folklórico, debemos hacer notar que los molinos destinados a la molienda del cereal eran lugares frecuentes donde la juventud organizaba reuniones festivas y meriendas. Cuando faltaba el molinero, y esto sucedía todas las noches, era necesario vigilar si la tolva contenía grano; unos para saber cuándo terminarían la faena y otros para estar atentos cuando les tocase la vez. Estos encuentros se convertían a menudo en una diversión nocturna. "Cuando era un chavalillo iban allá algunos vecinos a pasar juntos la velada".

Otro oficio complementario para la agricultura es el de *herrero*. La fragua era de su propiedad, pero el trabajo lo llevaban conjuntamente el vecino interesado y el propio herrero. Quien tuviera necesidad de reparar algún instrumento debía empezar por preparar el carbón vegetal. Se cavaban las cepas (raíces de brezos) y se las introducía en una hoja o pozo ya preparado para tal menester, sobre las cepas iban céspedes a modo de tapizado, después se rellenaba todo con tierra para taponar los orificios que hubieran dejado los céspedes, así se impedía la respiración de las raíces (v. fig. 18).

Para esta faena había un día señalado por el herrero, debían acudir todos los vecinos. "Para surtir carbón avisaba el herrero. ¡Hacer carbón a tal sitio! Ibamos todos a cavar cepas, una vez oreadas, iba él y hacía las hoyas si no la había en aquel lugar. Y también el herrero recogía el carbón con el carro y lo traía hasta la fragua". Estas fechas se ponían antes de empezar la temporada de trabajos agrícolas, fuera de este tiempo el herrero no tenía esas obligaciones, debiendo ser el propio vecino quien proveyese el carbón, de la manera que señalábamos al principio. "Al herrero se le pagaban dos o tres celemines de centeno. Cada pareja de vacas dos celemines. Se avisaba un día al año para efectuar esta paga. Además, el vecino beneficiado por los trabajos del herrero, tenía la obligación de alimentarle durante los días que durase el arreglo. Por la mañana venía a echar la parva, antes de ir a la fragua, y se

le daba pan y aguardiente. También era obligación proveerle “todo el día de comida y cuando terminaba de labrar se le daba muy bien de cenar”.

Hay otras actividades complementarias de menor importancia. En temas subsiguientes señalaremos los hilanderos desde una perspectiva folklórica; la fabricación de madreñas y “pellicas”, la mampostería...

* * *

5. *Intercambios comerciales con las comarcas limítrofes*

Ya hemos anotado en el presente trabajo que su finalidad es recoger los elementos de cultura material y espiritual en un período de autosuficiencia y autoabastecimiento de las necesidades que sienten estos pueblos del noroeste palentino.

La circunscripción que hemos hecho de los límites y términos propios de esta comarca, no ha sido tan absoluta que haya impedido la comunicación y el establecimiento comercial con otras regiones. Los pequeños núcleos de población que componen Fuentes Carrionas no se han recreado en su aislamiento —provocado por su entorno físico— sino que han recorrido, de manera asidua, Tierra de Campos en busca de alimentos que en Fuentes Carrionas no abundaban (cereales) o de los que carecían por completo (vino). Vamos a detenernos en los detalles más importantes referidos a la adquisición del vino.

A mediados del otoño, una vez que se han terminado los principales quehaceres y antes de que la nieve cierre los caminos, los vecinos se agrupan en “carrerías” y se dirigen hacia Tierra de Campos. “Solíamos ir los primeros días de noviembre o a últimos de octubre, cuando íbamos en noviembre se oían durante la noche por los pueblos que pasábamos el toque de Animas..., allá en aquellos pueblos también tocaban a la oración al oscurecer y algunos rezábamos un paternoster”.

Quienes primero hacían este largo viaje eran los vecinos de los pueblos más alto: Vidrieros, los dos Cardaños, Alba, La Lastra..., pues eran los que primero terminaban con la labor por tener menos

tierras sembradas. “Cuando íbamos decían: ¡Allá vienen los montañeses! Nos llamaban también los de Peña Espigüete. A los de Tierra de Campos les llamaba mucho la atención nuestras vacunas, pues eran tan resistentes como finas”.

Cada uno llevaba su carro, en él una “carral” grande y otras dos pequeñas; se colocaban en el carro unas “raberas” para que se acomodasen bien las circunferencias de las cubas. No se desaprovechaba el viaje de ida. “Llevábamos carbón de cepa y colmos que tenían las pajas muy largas. Para esto, se llevaban unos tableros que hacían más grande la cabida del carro. El carbón nos lo compraban los herreros de los pueblos y los colmos los propios vecinos. Nuestro carbón les parecía muy bueno para templar las rejas”. Cuando se comerciaba con carbón se llevaba dos carros: uno transportaba las carrales y el otro traía el carbón y los colmos. “De Valcobero iban mucho a sacar colmos, incluso hacían varios viajes. Les ponían bien parapetados, unos con las espigas para atrás y los otros hacia adelante, para que no salieran del carro, luego se echaban la sogá y no se movían”. La razón más certera de esta especie de exportación de cañas de centeno a lugares eminentemente cerealistas se debe a que la paja es más dura y, al mismo tiempo, la humedad conseguía que fuesen menos quebradizas y más estiradas, siendo de sobremanera útiles para la confección de albardas y otro tipo de monturas para caballería.

Cuando acababan los malos caminos, a la altura de Guardo, se echaban las carrales encima del carbón y alguien de la familia debía volver con el carro vacío a casa. En los carros de “a cima” o los que regresaban iban las carrales y una saca de hierba, todo eso se colocaba sobre el carbón que lo transportaba el carro principal.

Para el incierto y largo viaje había precauciones contra cualquier imprevisto. “Solíamos llevar de repuesto una camba con sus esvanaduras y varias rejas de roble para el eje”. Una operación curiosa es “el enjabone de los carros”. En el “estaronjo” del carro se colgaba una malla o “jabonera”. “Debajo del carro se metía alguien y jabonaba por donde gira el eje y por donde había roce. Se enjabonaba la parte libre que no estaba encajonada en las “cañas”; después se movía el carro y se engrasaba la parte restante”. De esta manera el eje rodaba con más soltura y, por otra parte, se evitaba que se incendiara el propio carro, pues el continuo roce del “meul” con el eje, hacía que se desprendiesen chispas. Esta pre-

caución era muy necesaria en el carro más primitivo o de "ruedas blancas".

Llegaban hasta las provincias de Zamora y Valladolid con "carrerías" de cinco o seis carros, su duración podía alargarse hasta quince días. "Fuimos a un pueblo de Campos y allí acampamos en un sitio, dejamos a uno cuidando las vacas. Nosotros nos distribuíamos por los pueblos, averiguando precios". En cada pueblo vinícola se debía entablar redacción y pedir información a un anfitrión denominado "tacero" o encargado de controlar las carrerías. "El tacero nos paseaba por las bodegas, así íbamos degustando, hasta que el vino probado tuviera "raspe" (fuerza y buen gusto). Se discutían los precios, después si interesaba se hacía el ajuste o contrato. El vino se vertía del pellejo a la carral y se iban contando las unidades. Tal precio, tantos cántaros ,tanta cantidad".

Para el regreso "poníamos una manada de juncos metidos en la boca de la carral, así cuando fermentaba no se marchaba el vino". Pues en pocas ocasiones podían adquirir el "vino sentao".

Existía una comunicación entre los que iban en las carrerías con sus respectivas familias. En la vuelta, antes de llegar a Guardo, ponían al perro una esquila, se le daba uno slatigazos y "llevaba la razón para que trajesen unas cuartas". También era usual colgar al pescuezo del perro un determinado mensaje: "¡Ya hemos envasado", que es, ya hemos compraó el vino; y vamos pa allá! Para esto, debe ser un perro muy "adiestraó". De esta singular manera ponían de sobreaviso a los de casa, los cuales bajaban con una yunta de relevo ("cuarta") para hacer "el encuarte en los lugares mu pindios".

"Todos los chiguitos iban a esperarnos, se les traía como de recuerdo pan de cuartal que era como rosquillas y era como el que traían los pastores de las merinas. Si se pasaba al pie de un viñedo se recogían uvas ya aflijidas para que las probaran los chiguitos".

Con los datos recogidos a diversos actores de esta anual hazaña, ha quedado claro el esfuerzo de los habitantes de Fuentes Carrionas para aprovisionarse del vino y, en algunos años de pésima cosecha, también se abastecían de cereales en la zona mesetaria de Palencia. Dejo constancia del alivio expresado por mis informantes al recordar las carrerías: "Es algo peligroso y expuesto si una vaca se pone mala. Dormíamos mal y pasábamos frío. ¡Unas fatigas inmemorables!".

Podemos anotar el acoplamiento entre dos zonas físicamente muy distintas. Su relación se basa en una complementación de productos alimenticios para Fuentes Carrionas y en el aprovisionamiento de carbón para Tierra de Campos. La carencia de comunicaciones y las ausencias de otros medios son suplantadas por el esfuerzo y voluntad de quienes sienten las necesidades más básicas. Estos viajes de los norteño-palentinos recuerdan la época prerromana, en la que los cántabros también se veían obligados a hacer periódicas incursiones al territorio vacceo para proveerse del cereal necesario para su nutrición. Este intercambio anual ha creado un aperturismo relativo, modificando pausadamente la idiosincrasia de los montañeses.

Esta reciprocidad ha tenido lugar también con regiones septentrionales: La Liébana y el Valle del Pas. Lebaniegos y pasiegos han recorrido todo el septentrión palentino con fines comerciales.

La comunicación de estas dos zonas santanderinas, con esta otra porción de Cantabria palentina, estaba facilitada por los vestigios de la dominación romana. Hay una vía romana —hoy difícil de localizar— que partiendo de Tamárica (Velilla), cruza el Carrión al Nordeste de Vidrieros por el puente Tebro, remonta luego el curso del río hasta su origen, atraviesa la Cordillera Cantábrica y, claro está, la muralla de montañas que separa a Fuentes Carrionas con los valles lebaniegos. En épocas medievales se construyeron ventas y hospitales para los viandantes que recorrían esta vereda. Hoy no quedan, sino senderos tapados por “cirvunales” (hierba dura) y estropeados por las “argayadas” (broza, arena y piedras arrastradas por las aguas); pero todavía quedaban espacios sinuosos para que los vecinos santanderinos consiguieran desplazarse con el borriquillo hasta los pueblos más altos de Fuentes Carrionas.

Los lebaniegos eran quienes más utilizaban estas estrechas veredas protegidas por calares. Transportaban nueces, avellanas, manzanas... Estos frutos —que las bajas temperaturas inutilizaban en Fuentes Carrionas— eran intercambiados por centeno a medidas iguales. “Un cuarto de centeno por un cuarto de nueces. Preferían el centeno al dinero”. También transportaban hasta aquí útiles de madera: arcas de nogal, ruedas, yugos, cambas, dalles..., que también eran intercambiados por medidas de centeno a convenir.

Algunas familias pudientes de La Liébana tomaban criados de estos pueblos palentinos, aunque son más famosos los pernianos

que a menudo contraían matrimonio con alguna de las hijas de la casa en que servían. En Fuentes Carrionas era más usual que se trasladasen a servir las jóvenes. "Vine en burro desde Liébana, pero tenía que ir andando porque el burro iba cargado con nueces y avellanas, estuve sirviendo muchos años con unos amos de Leroñes". "La difunta Braulia sirvió en Lomeña en casa del dios de Liébana, pues era el más rico".

Más tradicional y conocido es el recorrido que hacían las gentes de los valles del Pas. Su presencia y sus fines adquieren un carácter más comercial. Es de reconocida popularidad la actividad de los pasiegos en el siglo XIX, porque saliendo de sus tierras se dedicaron con profusión al comercio y contrabando en distintas partes de España, pero de forma preferente en la franja septentrional; también son populares las pasiegas como robustas nodrizas. Su reducida producción agrícola da un escaso valor económico a los cultivos, una confirmación de esta característica de la zona pasiega la tenemos en el conocido refrán: En Pas mucha leche y poco pan.

La extensión de los pasiegos, por otros territorios tan distintos al suyo, se debe a esta búsqueda de la necesaria alimentación de las reses, ya que a la producción de hierba (exclusiva de Pas) se debían añadir plantas forrajeras, piensos, harinas, pulpas..., para dar de esta manera, solución a las necesidades y conveniencias del ganado bovino.

Es conocida la imagen del pasiego, desplazándose por toda la provincia de Santander y lugares limítrofes vendiendo sus cachivaches. No hace mucho que la comerciante pasiega llevaba su mercancía hasta la propia capital palentina. A decir de García-Lomas, autor de "Los pasiegos", éstos (no temían las infructuosidades de las rutas, donde además de recadista o encarquera, adquiría diversas mercancías que a su regreso vendía en las villas pasiegas, haciendo así un viaje comercial de ida y vuelta". El mismo autor destaca el fino espíritu comercial de los pasiegos: "la verdad es que saben mañearse en sus negocios y les basta una pleza de tela y una vara de medir para lanzarse al mundo y progresar honradamente". La imagen de la pasiega con el cuévano y unos borriquillos en caravana es harto conocida en los pueblos y aldeas de la montaña palentina. Su cargamento lo componían quincalla, baratijas, alfileres, agujas, carretillos de hilo..., este mercado ambulante ha ahorrado muchos traslados a las ferías, único lugar donde

se adquirirían este tipo de cosas. El beneficio abarca, pues, tanto a vendedores como a compradores. El producto que más ha identificado a los pasiegos en Fuentes Carrionas han sido las telas. "Los pasiegos compraban telas en León o Barcelona, y las vendían aquí, midliéndolo con varas. A la mi casa venfan y extendían telas en una escalera para que las mujeres lo vieran todo. En las portilleras de abajo había una viga que cruzaba la puerta, allí ponfan una tela colgando con una piedra encima y esto era señal de que había venido el pasiego". A veces también recorría las moradas vecinales a ver si "li compraban algu". "Traían, sobre todo, telas y lienzo en los fardos de burros o mulas, y colocaban el suministro en un portalón o sobera de algún vecino con el que tuvieran más confianza". Por esta cesión de lugar se recibía alguna recompensa, "por dejalles la casa para tienda nos daban algún pedazo de tela o si estaban varios días y vendían bastante, a lo mejor nos regalaban un dalle. Después de las mulas se compraron una camionetuca, y vendían las cosas allí mismo".

Este espíritu emprendedor de los pasiegos les llevó a instalarse en las poblaciones más prósperas de esta zona. En el capítulo de débitos de una testamentaria de 1920 he comprobado que las mayores deudas estaban contraídas con algún pasiego, y además, de los ocho acreedores, tres eran pasiegos.

"Al pasiego de Velilla A. Ortiz 20 ptas.

A Angel el pasiego de Guardo 31 ptas.

A Juan el pasiego hierno de Fernando 25 ptas."

Con estas notas descriptivas sobre estas dos comarcas limítrofes, he pretendido mostrar las múltiples relaciones motivadas por una apertura necesaria. En el primer caso quienes tomaban la iniciativa y se desplazaban a Tierra de Campos eran los montañeses de Fuentes Carrionas, pero con referencia a las dos comarcas santanderinas son receptores de sus productos, bien a través de un simple trueque como sucedía con los lebanlegos o bien a base de relaciones comerciales escritas como con los pasiegos.

Estos lazos comerciales delimitan el marco de desenvolvimiento en el que se han movido las gentes de Fuentes Carrionas. Las condiciones naturales y el propio momento histórico han entorpecido y dificultado una expansión más acentuada. El que no se hayan re-

ducido a los productos que da la propia tierra ha sido beneficioso para un mayor acopio cultural. Estos desplazamientos y contactos con el exterior han relativizado el sentido de territorialidad y especificidad de la zona. De ahí, que varias creaciones costumbristas y folklóricas no sean tan localistas, como puede parecernos a primera vista; aunque sus aplicaciones funcionales revisten caracteres peculiares.

• • •

FIGURAS

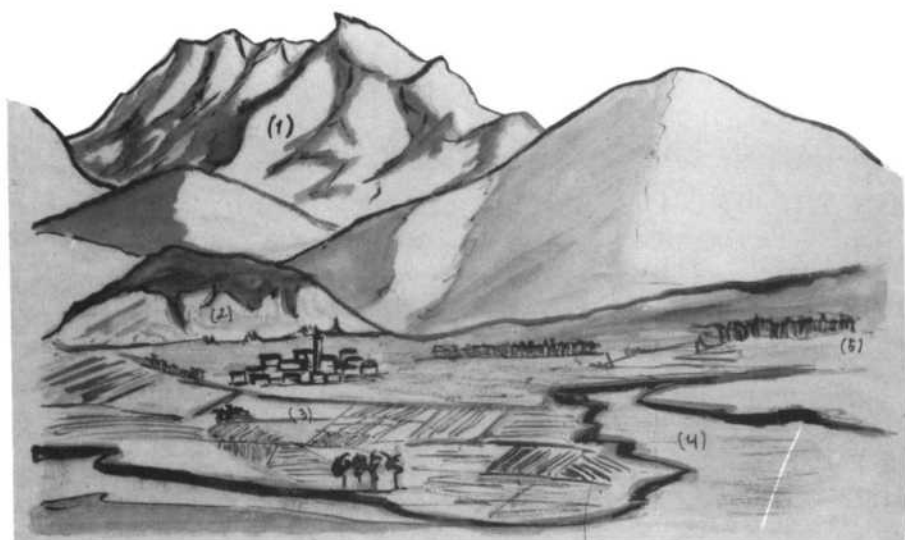


Figura 1.—(1) Montaña alta. (2) Montaña baja y cultivable en su meseta.
(3) Vega. (4) Río. (5) Valle alejado del pueblo.

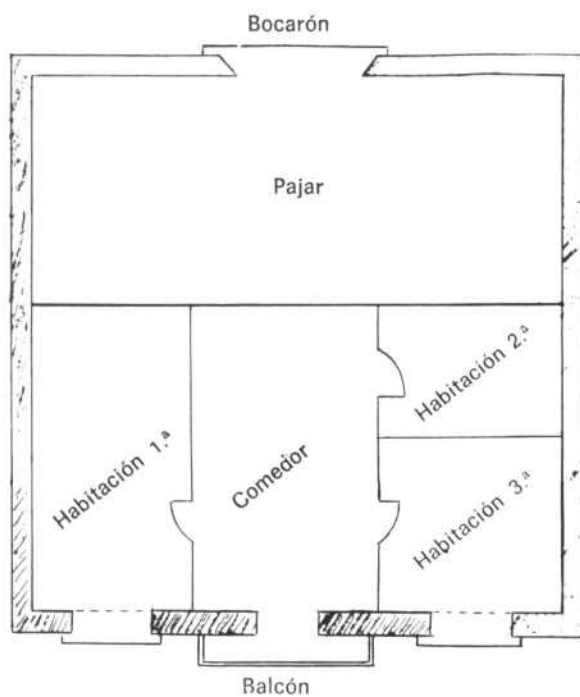


Figura 2.—En Cardaño de Arriba aún he podido recoger esta casa semiderruida, pero con un techo de colmos bastante bien conservado



Figura 3.—Fachada principal: el balcón y la puerta nos indican las dos plantas de que constan las casas en Fuentes Carrionas.

PLANTA ALTA



PLANTA BAJA

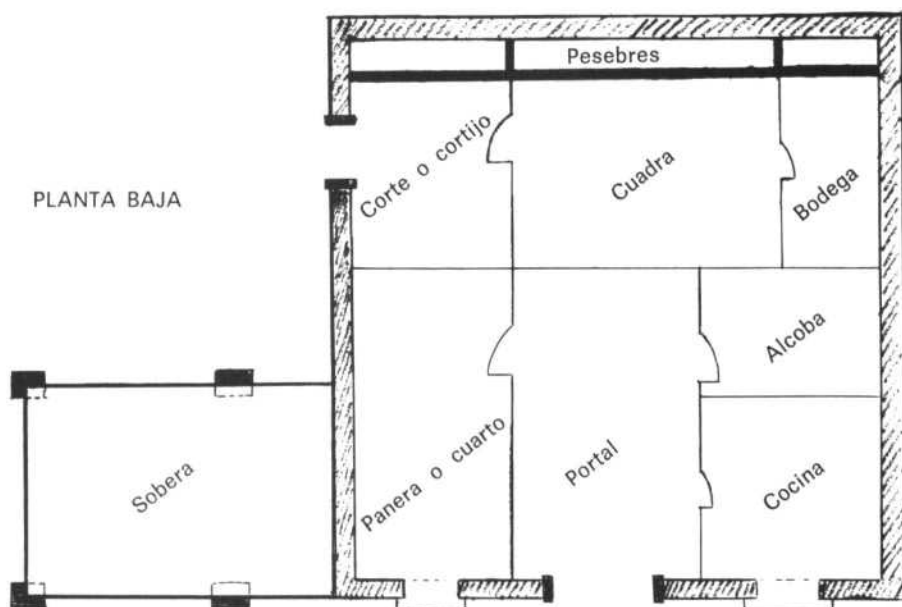


Figura 4



Figura 5.—Las casas aprovechan la ladera de la montaña. La fachada trasera queda disminuída en altura debido al cambio de nivel. En primer plano una hornera.



Figura 6.—La sovera: principal lugar de trabajo durante el invierno.



Figura 7.—El cruce de la tudanca con la suiza parda o ratina ha sido el más idóneo, habiéndose conseguido excelentes resultados, tanto para el trabajo como para carne.



Figura 8.—Panorámica de un puerto con la tenada y choza de ramaje.



Figura 9.—Chozo de pastores transhumantes en la majada de Mazobre, cara norte de la Peña Espigüete.



Figura 10.—Siega a dalle en uno de los valles de Camporredondo.



Figura 11.—En la actualidad, se siguen utilizando los métodos de antaño.

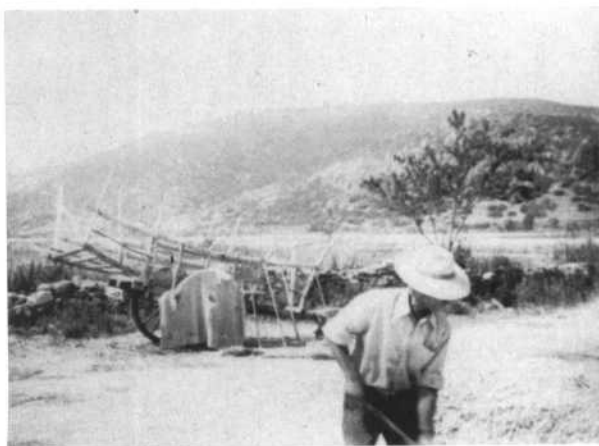


Figura 12.—Imagen de una era. Al fondo, el carro con su característica armadura y los aperos más usados en esta labor.



Figura 13.—El trillo corta y quebranta las espigas, separa el grano y desmenuza la paja.

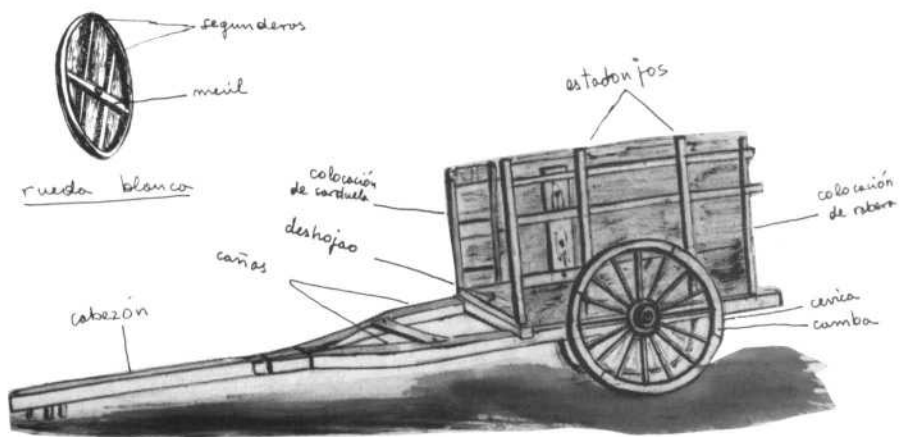


Figura 14.—Carro con ruedas de cubo

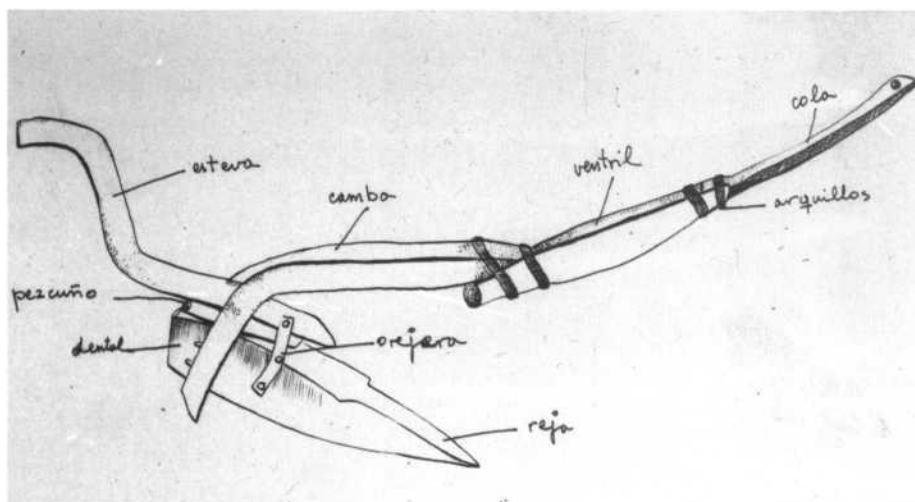


Figura 15.—"Arado romano"



Figura 16.—Los serraderos de antaño han desaparecido. Les han sustituido modernos útiles que no exigen necesariamente colaboración.



Figura 17.—Rústicas palas o sacaderas del pan. Las horneras se van convirtiendo en escombros poco a poco.



Figura 18